

IBERC4  
TORREÓN



# Acequías

AÑO 26 Otoño 2023  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

REVISTA DE DIVULGACIÓN  
ACADÉMICA Y CULTURAL

91

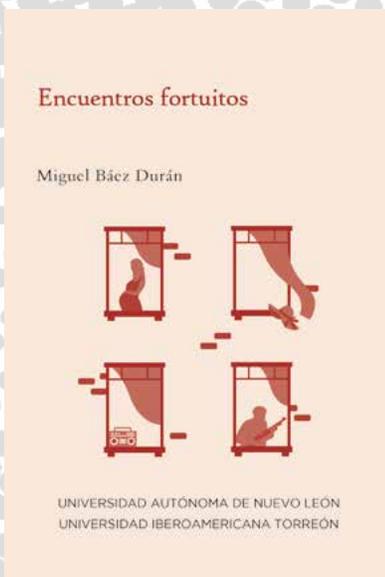
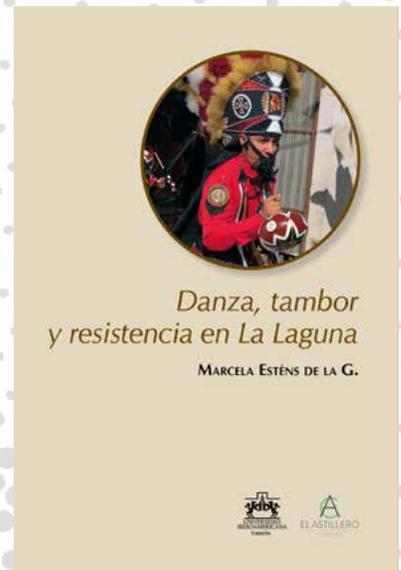
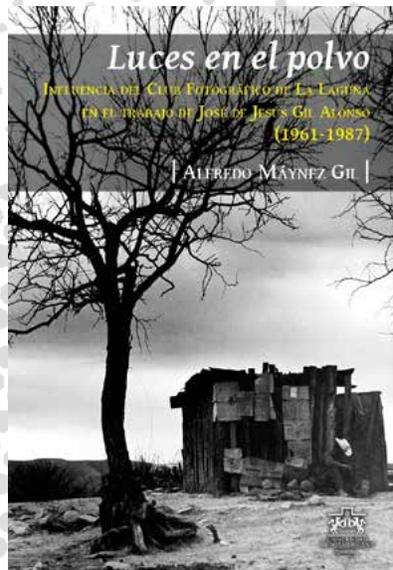
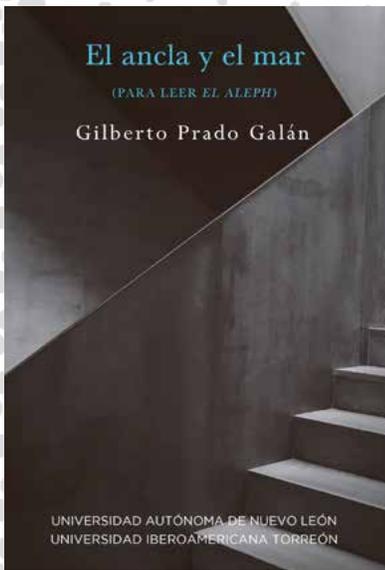
*Lectio brevis* Otoño 2023

La dimensión de la alegría

Origen de *Encuentros fortuitos*

+ reseña, ensayo, cuento, poesía





EDICIONES Y COEDICIONES  
RECIENTES GESTIONADAS  
POR EL CENTRO  
DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA  
TORREÓN  
INFORMES:  
[jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx](mailto:jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx)

Número 91, abril-agosto de 2023

## Universidad Iberoamericana Torreón

Juan Luis Hernández Avendaño  
Rector

Armando Mercado Hernández  
Director General Académico

Gustavo Antonio González Castañeda, SJ  
Director General del Medio Universitario

Zaide Patricia Seáñez Martínez  
Directora de Investigación y Posgrado

Jaime Muñoz Vargas  
Revisión y edición



Edición Otoño 2023. Octava época, año 26. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequias* aparece tres veces por año. Sugerencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:  
<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>

Invitamos a quienes deseen ilustrar las páginas de un próximo número de *Acequias*, enviar para dictamen cinco fotos con baja resolución. De aprobarse en el consejo dictaminador, se pedirá un tanto de 20 a 25 fotos de acuerdo a las especificaciones técnicas que se les brinden. Las imágenes de prueba pueden ser enviadas a [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx)

- 2 Editorial
- 3 *Lectio brevis* Otoño 2023  
Gustavo Antonio González Castañeda, SJ
- 6 La dimensión de la alegría  
Mario López Barrio, SJ
- 13 El luto literario de Volpi  
Laura Elena Parra López
- 17 Una espía en la familia  
Vicente Alfonso
- 20 *Operación al cuerpo enfermo*, de Sergio Loo. Órganos mi dolor sin instrumento  
Renata Iberia Muñoz
- 23 Origen de *Encuentros fortuitos*  
Miguel Báez Durán
- 26 Ironía en *El renacer de Catalina*  
Yolanda Natera de la Peña
- 29 Diez notas sueltas sobre periodismo y literatura  
Jaime Muñoz Vargas
- 31 La Reportera Roja  
Fernando Fabio Sánchez
- 36 Una piedra en el camino  
Lorenzo Ignacio Madera Serrano
- 39 Tres poemas  
Francisco Javier Garza Olayo



Las imágenes de esta publicación son de IVANA MUÑOZ CHAPA (Torreón, Coahuila, 2002), alumna del quinto semestre de Comunicación en la Ibero Torreón. Algunas de sus fotografías han sido publicadas en la revista *Espacio 4* de Saltillo, en anteriores ejemplares de *Acequias* y en las portadas de los libros *Tomar la palabra (II)* del profesor Gabriel Castillo Domínguez; *La balada de tu nombre* de Arcelia C. de Aizpuru; *Narrar a mediodía*, colectivo, y *Ecos de Comala y el llano* de Saúl Rosales. Entre otros cursos, tomó el diplomado en fotografía de la Ibero Torreón y en Instagram administra la cuenta *Ivana Muñoz Fotografía*. La serie presente fue tomada en su totalidad dentro del Archivo Histórico de la Ibero Torreón.

# Editorial



Aunque en su modalidad estrictamente electoral la política se ha convertido es uno de los muchos teatros de la mercadotecnia, no deja de ser importante como medio para transformar la realidad. La política y su consecuencia, la construcción de gobiernos, sigue siendo pues fundamental para edificar circunstancias sociales que favorezcan la justicia y la equidad. Por esto, aunque los procesos electorales den hoy la impresión de celebrarse al margen del interés de la población, es imperativo que la ciudadanía se involucre en sus vaivenes al menos en el plano de lo informativo, esto para no dejarse llevar por la superficialidad de las noticias falsas o los *memes*. Estar hoy informados, no caer en la red de la indiferencia, es lo mínimo que debe hacerse para, como señala Víctor Hugo Morales, “trabajar de ciudadano”.

En el presente número de *Acequias* ofrecemos varias colaboraciones que de una manera no directa, pero sí visible, ayudan a pensar en el ser humano y su condición. Publicamos la *lectio brevis* de este periodo escolar, el de Otoño. La ofreció Gustavo Antonio González, SJ, nuevo responsable de la Dirección General del Medio Universitario en la Ibero Torreón. La *lectio brevis*, en este caso sobre el valor de la tolerancia, es la simbólica primera clase que se ha convertido ya en una costumbre dentro de nuestra institución.

Sigue una conferencia de Mario López Barrio, SJ, que reflexiona sobre la generalizada desdicha del ser humano en el tiempo que corre. Pese a que en teoría la humanidad tiene un sinnúmero de satisfactores y puertas al desahogo de sus apetitos, al final siempre parece moverse en un túnel oscurecido por la depresión y su consecuencia: la infelicidad.

Cuatro reseñas se suman al lote de colaboraciones. Dos con tema afín, las de Laura Elena Parra López y de Vicente Alfonso, una más de Renata Iberia Muñoz sobre un libro poético desgarrador y, la última, de Yolanda Natera sobre el más reciente título de la escritora lagunera Angélica López Gándara. También, un artículo de Miguel Báez Durán sobre *Encuentros fortuitos*, su nuevo libro, una coedición de la UANL con nuestra universidad.

Dos cuentos cierran este número, uno de Fernando Fabio Sánchez sobre le etapa de mayor violencia en La Laguna, y otro de Lorenzo Ignacio Madera sobre los azares de la vida amorosa, además de tres textos del primer libro de Francisco Javier Garza, exalumno de Derecho de la Ibero Torreón.

# Lectio brevis Otoño 2023

Gustavo Antonio González Castañeda, SJ

Estimados alumnos y alumnas:

**E**l día de hoy iniciamos un nuevo ciclo con la renovada ilusión de que la experiencia de estudio, convivencia y encuentro en la universidad nos abone para la construcción de una vida próspera no sólo como profesionales, sino también como sociedad. En gran medida para eso existen las universidades, para colaborar en proyectos que humanicen la existencia de todos los hombres y mujeres que conforman la sociedad.

El nombre de esta *lectio brevis* es “La casa del dolor ajeno”, frase que, como la mayoría sabe, ha estado vinculada a la afición futbolera de La Laguna. Estas palabras, escuchada por primera vez en la voz de Rubén Maturano, extécnico del Santos Laguna, que en su momento la pronunció como un talismán motivacional que ayudara al equipo a salvarse de descender a segunda división. El Santos triunfó en su propósito y la expresión quedó para la posteridad al grado de identificar al anterior estadio del Santos como “La casa del dolor ajeno”.

En el 2015, el escritor Julián Hebert tomó prestada esta frase para relatar un hecho histórico que a su parecer no ha sido suficientemente difundido ni en México ni en La Laguna: el asesinato de alrededor de 300 inmigrantes chinos en Torreón entre el 13 y el 15 de mayo de 1911.

Y si hablamos en una universidad sobre este hecho, es por que cualquier institución que se jacte de ser un centro formativo tiene el deber de asegurar que en su sociedad no se olviden los crímenes históricos, por la sencilla razón de que su pleno reconocimiento disminuye las posibilidades de reincidencia y, en el mejor de los casos, contribuye a crear una comunidad hermanada donde el diferente no se ve como una amenaza, sino como una riqueza para la propia casa.

Todavía al día de hoy persiste la creencia popular que achaca la masacre a Pancho Villa; hay quienes por su lado creen que los responsables fueron exclusivamente saqueadores ajenos a la población local, e incluso, según Hebert, no falta quien cree que fueron los zetas.

Todas estas versiones han sido desmentidas por una serie de investigaciones que se han hecho a profundidad, sobre todo entre 1979 y 2011

**Gustavo Antonio González Castañeda, SJ**  
Ciudad de México, 1972. Miembro de la Compañía de Jesús desde el año 2000. Licenciado en Ciencias de la Comunicación por el Tecnológico de Monterrey (1991-1995), licenciado en Ciencias Religiosas por la Ibero México (2006-2010) y maestro en Filosofía y Ciencias Sociales (2000-2003). Fue rector del colegio Jesuita de Guadalajara, el Instituto de Ciencias, de 2014 a 2021, y trabajó en la misión indígena la Santísima Trinidad de la diócesis de San Cristóbal de las Casas. Actualmente es Director General del Medio Universitario en la Ibero Torreón.  
Gustavo.Gonzalez@IBEROTORREON.EDU.MX

y, que aunque el suceso y lo que verdaderamente pasó aún permanece muy poco conocido, en palabras del autor es un crimen “que quiere ser contado, que se defiende de morir”.

Un sentimiento antiinmigrante no nace de un día para otro, sino que se nutre del miedo al diferente, del prejuicio al extranjero, de las propias frustraciones en el día a día. Este sentimiento es como el huevo de la serpiente, que en su momento la sierpe rompe el cascarón y devora a su presa.

Los chinos empezaron a llegar a América a finales del siglo XIX como consecuencia del hambre y la guerra en su país. Según el escritor, se calcula que a lo largo de cien años migraron más de ocho millones de chinos, la mayoría a Estados Unidos, pero una gran parte también a Cuba y a México. Este flujo de migración china les trajo la ventaja de poder comerciar entre su país de origen y su lugar de residencia, lo que convirtió a algunos de ellos en comerciantes competitivos.

Derivado de su auge, sobre todo económico, un sector de la población comenzó a ver con desconfianza la presencia de los chinos en el país. Parte de este recelo se alimentó de esa ideología de una clase ilustrada durante el porfiriato en México, que llegó a considerar al indígena y al oriental, en comparación con el europeo, como seres inferiores: Herbert rescata un texto de un político de la época de Porfirio Díaz:

Tenemos el deber imperioso y la necesidad y hasta la conveniencia de nuestros gobiernos y nuestras sociedades para mejorar esa raza (indígena), para despertarla de su marasmo (...) necesita el cruzamiento con razas europeas descendientes del sajón o del teutón, pero nunca

de su misma raza latina, ni mucho menos de la mongola.

Esta mentalidad, que como gangrena arrastramos hasta el día de hoy, abonó a lo que se conoce como “sinofobia”, una aversión al pueblo chino, sentimiento que se fortaleció por un fenómeno económico-cultural muy parecido a lo que actualmente sucede en Estados Unidos respecto de los migrantes: Dice Herbert:

Un documento oficial estadounidense acusaba a los chinos de enviar la mitad de su sueldo a su país a manera de remesas y de que 75 por ciento de lo que consumían provenía de China lo que dañaba la economía local por partida doble (...) han pasado más de 100 años y los argumentos para excluir al otro no han variado ni un ápice (...) el antichinismo en Estados Unidos se institucionalizó por la clásica ruta electorera: tanto republicanos como demócratas lo utilizaron para atraerse votos.

En México, desde inicios del siglo XX se incrementa el sentimiento antichino, entre otros sectores, desde la cúpula financiera nacional, que según los estudiosos, empezaba a preocuparse por las excesivas ganancias económicas de los cantoneses como consecuencia de sus negocios prósperos. Desde palacio nacional una comisión financiera declara que la inmigración china no es un fenómeno que contribuya al mejor interés de la nación. Varios políticos atizaron el fuego de la sinofobia en sus discursos. Ricardo Flores Magón, fundador del Partido Liberal Mexicano, en su plan político afirmaba: “El chino, dispuesto a trabajar con el más bajo salario, sumiso, mezquino en aspiraciones, es un gran obstáculo para la prosperidad de otros

trabajadores”. Otro político se refiere a los chinos en un texto publicado como “una verdadera plaga”, expresión racista en extremo, porque como dice el escritor, a la plaga se les extermina; 24 días después de esta publicación, estalló la masacre.

El incremento de comercios chinos, su presencia en el campo algodonero y en el negocio de bienes raíces, así como el crecimiento de su capital, alimentado por el prejuicio racista, todo esto en medio de un contexto revolucionario mexicano que identificó la mano de obra barata de los chinos como parte del proyecto económico de Porfirio Díaz, provocó una oposición a su presencia en el país, y de manera muy acentuada en Torreón, que para 1911 incluye a sectores políticos, empresariales, revolucionarios, y llega hasta los ámbitos populares.

Este resentimiento xenófobo trajo como consecuencia una serie de agresiones para ese año, sobre todo el destrozo de comercios chinos. Llegó un momento en que todo quedó pre-dispuesto y listo para que una chispa provocara la ignición que daría origen al genocidio. El 5 de mayo, Jesús Flores, un revolucionario, pronunció un discurso en Gómez Palacio, Duango, en donde señaló a los chinos como los responsables de dejar sin trabajo a las mujeres, tener monopolizado el negocio de jardinería y abarrotes, y competir por la compañía de las mismas mujeres, por lo que públicamente exigía la expulsión de los chinos.

El 13 de mayo, en plena toma de la ciudad, un grupo de revolucionarios asaltó el distrito cantonés, en donde comenzó a ultrajar los hogares de los chinos, a despojarlos de sus pertenencias y a apuñalarlos. Horas después se suma-



ría al agravio una turba de saqueadores, algunos de ellos civiles de Torreon.. Dice Hebert: a “la mayoría de los súbditos celestes se les ejecutó porque sí: por odio racial, por envidia económica, por sevicia y para entretenimiento de la tropa (...) porque se habían convertido en pocas horas en las personas más frágiles del País de la Laguna”. La matanza se prolongó durante tres días y sobrepasó el número de trescientas víctimas. A pesar de la tragedia, la sinofobia continuó en México por varios años.

Ante este hecho atroz, como ejemplo de otros tantos que han sucedido, toca cuestionarnos: ¿la preparación universitaria puede influir en un cambio de mentalidad? Transformar a una sociedad

que aún tiene visos de racismo y xenofobia no se logra simplemente por el estudio de las tragedias, el cambio sólo es posible a través del encuentro con ese otro extranjero, eso otro indígena o incluso con aquél que proviene de un ambiente social y cultural distinto al mío. Es imposible hacerse responsable, defender, valorar a todas las personas que conforman nuestra sociedad si no lo propiciamos al calor de ese encuentro, que poco a poco va convirtiendo al extraño en un prójimo, al desconocido en amigo. Por eso, el paso por la universidad conlleva una inmersión en este México de tan distintos mundos, supone entrar en el templo santo de las calles, las plazas y los cruces de caminos, esos

espacios que, como dice Leonard Cohen, son los lugares sagrados en donde las razas se encuentran.

Si nos atrevemos a ello, un suceso como la matanza de los chinos, pero también la violencia de estos años, serán hechos vergonzosos que sin embargo nos habrán enseñado a respetar la vida y la dignidad humana. Y entonces sus hijos vivirán en un mejor mundo gracias a ustedes. Contribuiremos a no permitir que el odio criminal, destructor de nuestros mundos, sea parte de nuestra cotidianidad. Para ello, se necesita trabajar día tras día, prepararse a conciencia, pero sobre todo tener el corazón abierto y nuestra casa dispuesta.

Bienvenidos.

# La dimensión de la alegría

Mario López Barrio, SJ

Última de las cuatro conferencias que componen el libro *El fluir de la Palabra* (Universidad Iberoamericana Torreón, Torreón, 2022, 60 pp.), de Mario López Barrio, SJ; prólogo de Zaide Patricia Seáñez Martínez.

## Mario López Barrio, SJ

Chihuahua, Chihuahua. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1961. Es licenciado en Filosofía, Historia y Sagrada Escritura (Instituto Bíblico, Roma). Profesor de Introducción al Antiguo Testamento y Nuevo Testamento entre 1980 y 1995 (México). Doctorado en Teología Bíblica (Universidad Gregoriana, Roma). Fue profesor en la Facultad de Teología y en la Universidad Gregoriana (Roma). Actualmente se encuentra en el Centro Universitario Ignaciano de la Universidad Iberoamericana Torreón.  
mario.lbarrio@iberotorreon.edu.mx

## *El mundo actual*

No se necesita una observación aguda de nuestro mundo actual para descubrir inmediatamente a tanta gente deprimida y triste, que parece avanzar por la vida, como a más no poder, sin esperanza. Externamente, pueden dar la impresión de estar bien, como ellos dicen. Pero no es difícil adivinar que no es así. Su interior está tan contaminado que refleja tristeza. Parece un pasillo oscuro, invadido de telarañas.

Desgraciadamente, las razones de esta situación afloran: por todas partes, amenazas de violencia, quejas continuas sobre la corrupción política, la inseguridad, la desocupación, la carestía de la vida, dificultades en el matrimonio, enfermedades... “¿Cómo no va uno a sentirse mal?”, puede ser la respuesta espontánea. Por eso encontramos caras largas, respuestas secas, cortantes, conversaciones sin humor, matrimonios aburridos.

La sociedad tecnológica de nuestros días ha logrado aumentar los niveles de diversión y de placer, propiciando intensamente la llamada *cultura del entertainment*. Pero no ha sido capaz de engendrar la verdadera alegría, porque esta es una dimensión espiritual que está más allá de la mera tecnología. Muchas diversiones, multiplicadas hoy al infinito, dejan el corazón vacío. ¡Qué triste experiencia encontrar jóvenes desanimados, caminando sin rumbo! Sencillamente, no encuentran satisfacción a sus deseos. Acallan como pueden su sed de compañía y tratan de llenar su vacío interior con diversiones estrepitosas que los dejan en condiciones desoladoras.

Es hora de plantearnos, pues, la pregunta: ¿dónde encontraremos esta plenitud que buscamos, a veces inconscientemente? Sentimos vivamente su carencia. Necesitamos una fuerza interior, una experiencia de vida nueva. ¿Dónde y cómo encontraremos esa energía que nos renueve y nos anime?

## *LA EXPERIENCIA DE CRISTO RESUCITADO*

### *Una experiencia desconocida*

Subrayo lo de “experiencia”. No se trata de un tratado filosófico o teológico, por más elaborado que sea. Nos hace falta algo que *conmueva*, que

nos haga *arder el corazón*. Es hora ya de abrir el corazón y recibir el anuncio de la Pascua: “¡Cristo ha resucitado!” Un anuncio dirigido a nosotros. Y no olvidemos el adverbio importantísimo: “ha resucitado *verdaderamente*”.

Sin embargo, hemos de reconocer, con realismo y humildad, que el Misterio de la Resurrección, el centro de nuestra fe, la celebración más importante del año, ha tenido escaso lugar en nuestra conciencia de creyentes. Hasta hace pocos años, en nuestra práctica litúrgica, se celebraba la Cuaresma, y ya. Todo terminaba con el “Sábado de Gloria”. ¿Y la Pascua? No se sabía bien a bien qué cosa era. Si acaso, se iba a misa el Domingo de gloria. Pero no se sabía casi nada del Tiempo Pascual.

Poco a poco, gracias a la nueva conciencia que se ha ido ganando, por el influjo inspirador del Concilio Vaticano II,

se ha ido avanzando en el conocimiento y aprecio del Misterio Pascual. Pero estamos todavía lejos de este misterio central en cuanto a su celebración e incorporación en nuestra vida cristiana. Se ignora qué es la Pascua, qué significado tiene para nosotros.

#### *La Resurrección de Jesús, fuente de nuestra alegría*

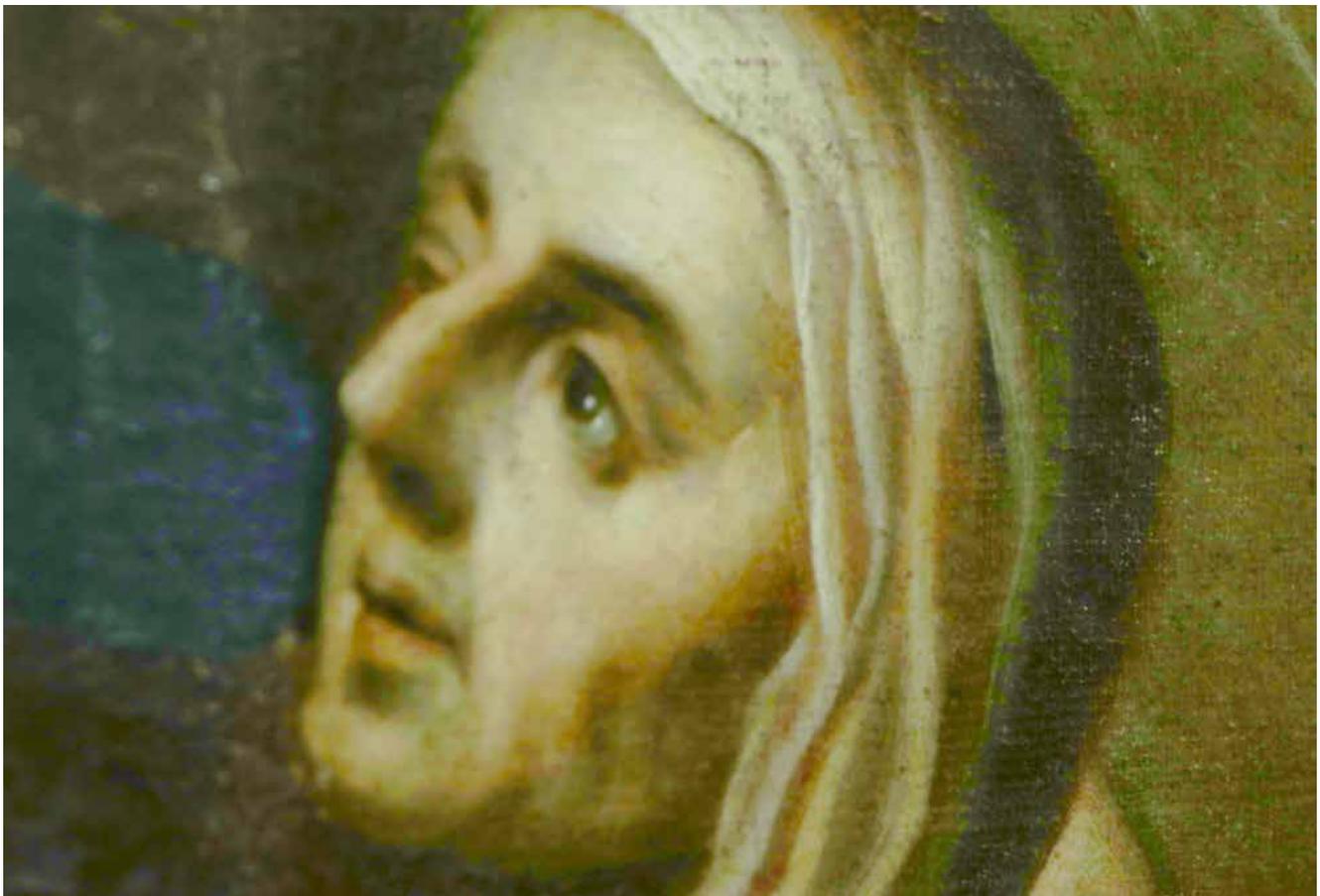
El efecto que causó a los discípulos haberse encontrado con Cristo vivo, resucitado, fue siempre de alegría: *Los discípulos se alegraron de ver al Señor*, escribe el evangelista Juan (Jn 20,20), después de que Jesús se presenta delante de ellos, que estaban encerrados, llenos de miedo. Será la experiencia tan repetida en personas y comunidades, que van viviendo el encuentro con el Resucitado, a través de sus testigos, que les van abriendo las puertas de la fe. El Espíritu

Santo, don del Resucitado, despierta en el corazón el gozo profundo de aquel que se sabe perdonado. De diferentes maneras, el libro de los Hechos de los Apóstoles testimonia esta experiencia de los primeros cristianos al irse encontrando con el Resucitado:

• *La Iglesia estaba en paz por toda la Judea, la Galilea y la Samaria; crecía y caminaba en el temor del Señor, llena del consuelo del Espíritu Santo... Los discípulos estaban llenos de alegría y del Espíritu Santo* (Hech 9,31; 13,52).

• *Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín, alegres por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre* (Hech 5,41).

• *Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo... Y hubo*



una gran alegría en aquella ciudad (Hech 8,5.8).

• *Al oír esto, los gentiles de Antioquía de Pisidia, se alegraron* (Hech 13,48).

• *Los discípulos quedaron llenos de gozo* (Hech 13,52).

El evangelio de Juan resalta el anuncio de Jesús referente a su regreso, al final de los tiempos, y el gozo que despertará es tal que nadie lo podrá quitar a sus amigos: *Volveré a ustedes y su corazón se regocijará y el gozo que entonces experimentarán nadie se los podrá arrebatar... Pidan y recibirán, y su gozo será completo* (Jn 16,22-24).

Jesús resucitado es alguien que ha vencido a la muerte. Nunca se había sabido de ningún hombre que hubiera venido a nuestro mundo, que se presentara vivo, después de haber sido asesinado. Es el primero en regresar de la muerte y cruzar esa frontera. Y se dedica a consolar, a dar la paz, a ofrecer seguridad y confianza a los suyos. Dondequiera que se presenta, dice: *La paz esté con ustedes* (Jn 20,19.21). Al corazón inquieto de los suyos les trae lo que todos tanto anhelamos: el don de la paz. Ya él había dicho en aquella noche de despedida: *Les dejo la paz, mi paz les doy, no se la doy como la da el mundo* (Jn 14,27). Por eso, san Ignacio, en sus Ejercicios, contempla a Cristo resucitado, y observa: “mirar el oficio de consolar que trae Cristo nuestro Señor, comparando cómo un amigo suele consolar a otro” (EE 224). En realidad, el mundo no puede dar la verdadera paz. Sus promesas de felicidad son siempre simulacro y banalidad.

El temor a la muerte es algo que desde siempre se anida en el corazón humano. Actualmente, incluso, se evita el tema en las conversaciones. Y se intenta

alargar la vida todo lo posible, con toda clase de programas del cuidado de la salud. Pero en el fondo persiste el temor a la muerte. Por eso, la resurrección de Jesús, como contraste, es una garantía de vida para todos nosotros. ¿Cómo no va a darnos confianza aquella petición de la llamada “oración sacerdotal” de Jesús, cuando ora por los suyos, en la víspera de su pasión: *Padre, deseo que los que tú me has dado estén también conmigo allí donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado* (17,24).

La resurrección de Jesús inspira un estilo de vida en la serenidad y la confianza, porque nos ofrece la seguridad de una presencia amorosa, como había prometido el mismo Jesús: *Y estén seguros de que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo* (Mt 28,20).

¿Cómo dejar pasar inadvertido este gran Misterio, en nuestra vida, como si Jesús no hubiera resucitado? Pablo nos recuerda que, por el bautismo, hemos sido incorporados a la muerte de Jesús. Más aún, hemos sido sepultados con él, para que, así como Cristo fue resucitado por la obra magnífica del Padre, así nosotros podamos conducir una novedad de vida. Pablo supone que somos conscientes de nuestra nueva realidad de bautizados, que hemos aceptado con gratitud nuestro bautismo, y por eso afirma: *Si hemos resucitado con Cristo, busquemos las cosas de arriba... Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra* (Col 3,1-2). Sabemos que la expresión “las cosas de arriba” no ha de entenderse como una categoría física, sino teológica: aspirar a las cosas del Espíritu, los valores del Evangelio, y no quedarnos atrapados por los bienes de este mundo. Quien así vive, comienza a manifestar espontáneamente una forma de vida diferente, que refleja una existencia iluminada por una luz es-

pecial: la de Cristo resucitado, que vive en su corazón.

#### *Los reflejos de la Resurrección*

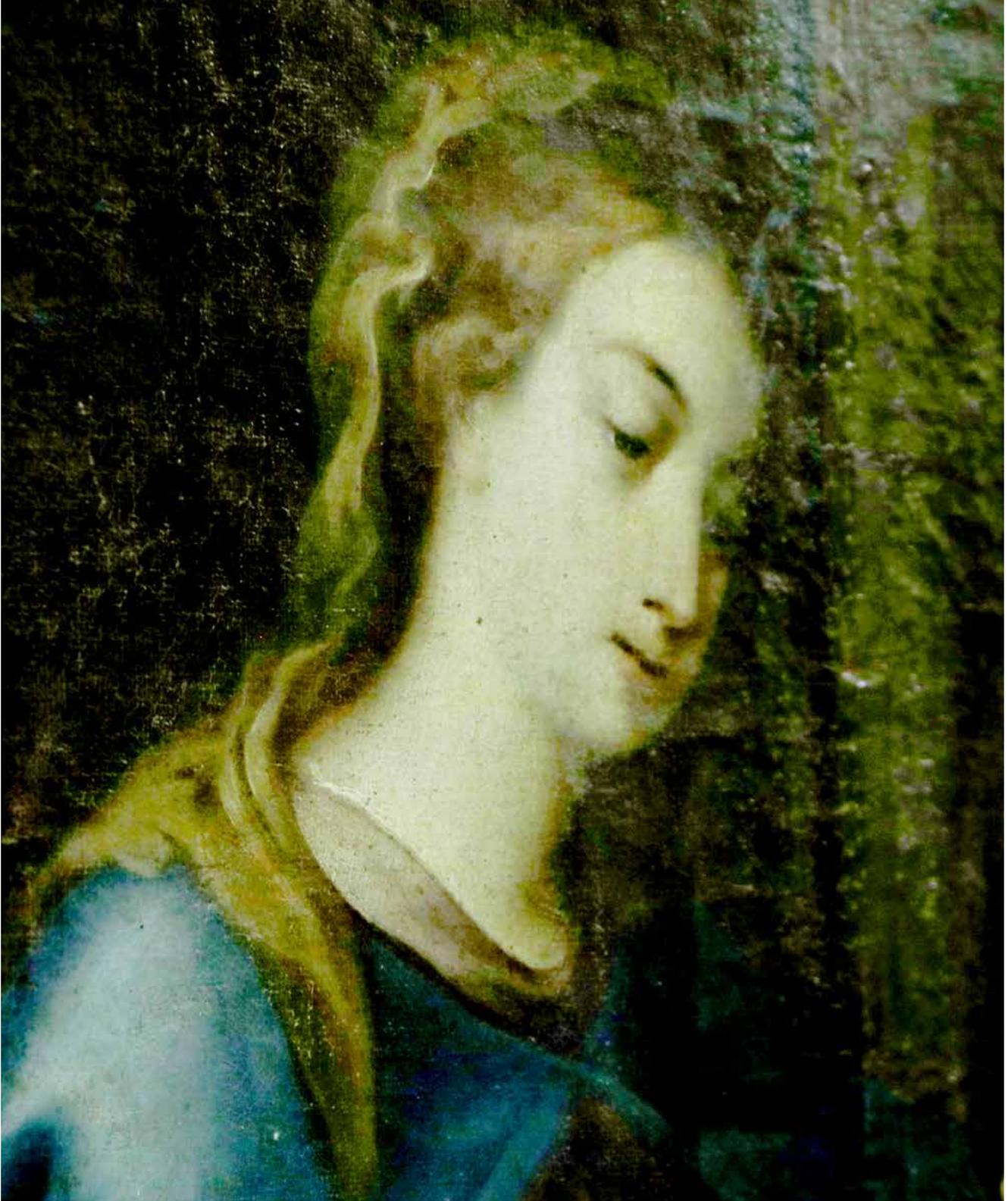
Como la vida del bautismo, en el creyente maduro, se refleja en los dones del Espíritu, del mismo modo la fe en el Resucitado se manifiesta en un estilo de vida que da a conocer la *novedad de vida* que él nos trae. Se trata precisamente de las *dimensiones de la Resurrección* en el cristiano: un conjunto armónico de virtudes que expresan una riqueza interior. Cristo resucitado está ahí, como en su santuario, y se va manifestando en actitudes, en servicios, palabras y gestos que denotan “las cosas de arriba”. ¿Cuáles son esas virtudes que reflejan al Resucitado en la vida humana?

#### *La paz interior*

Imposible vivir contento cuando la conciencia está intranquila. De un corazón reconciliado fluye espontáneamente la sonrisa sincera, la que nace de lo profundo de nosotros mismos. No es ficticia, como la de los rostros que sonríen “para salir en la foto”. Es increíble que mientras los adelantos tecnológicos, en la sociedad occidental, han hecho avanzar la duración de la vida humana (mejorías alimenticias, cuidados médicos, acceso a la educación), al mismo tiempo es una realidad la marcada insatisfacción en tantos deprimidos de hoy. Además, la mayor parte de la humanidad no tiene acceso a estos adelantos y carece de lo más indispensable para una vida humana.

#### *El silencio*

No hay hombre notable en la historia humana que no tenga como explicación de su grandeza haber vivido grandes períodos de silencio y soledad, porque



es ahí donde se escucha la voz interior, la voz del Espíritu. Desgraciadamente, el hombre contemporáneo parece tenerle pánico, y huye de él. Es en el silencio donde madura la persona y se prepara a la experiencia de la alegría interior.

Ya Thomas Merton, el monje trapense, decía, a propósito del silencio, que

el estrépito y el griterío de la sociedad moderna expresaba verdaderamente su ateísmo y desesperación. Nos puede suceder, si nos asociamos a ese ruido destructor, que nos sintamos expulsados del paraíso del silencio. Joan Chittister, al escribir sobre el tema, dice: “El silencio es el arte perdido de esta sociedad.

Los alaridos han reemplazado a la razón, la fuerza ha sustituido a la diplomacia. Los gritos han reemplazado a la conversación como pauta elegida para la comunicación familiar”.<sup>1</sup>

El silencio no consiste sólo en la ausencia de ruido, sino en aprender a acallar el ego. Cuando disminuye el ego,

aflora el amor que llevamos dentro y que podemos ayudar a madurar.

### *La contemplación*

Es hermana del silencio. Y aquí se coloca *la oración*, en sus múltiples formas, como formando parte del “campo semántico”<sup>2</sup> de la alegría. “La guía para el creer genuino —dice Ravasi— es la vía de la oración en todas sus múltiples iridiscencias (variedades de color). Orar es también un arte, un ejercicio de belleza, de canto, de liberación interior”.<sup>3</sup> En el terreno de la oración debemos considerar, de una manera especial, la oración del pueblo de Dios, que a lo largo de los siglos ha inspirado y alimentado su fe: los salmos, verdadera pedagogía de esta dimensión. El creyente, que vive en paz y en armonía, ora espontáneamente, en cualquier circunstancia. Es el caso de quien ha aprendido a *encontrar a Dios en todas las cosas*. Esta es la dimensión contemplativa de la vida cristiana.

### *La escucha*

El hombre superficial oye, pero no escucha. Escuchar supone atención, delicadeza, olvidarse por un momento de los propios pensamientos y preocupaciones, y ofrecer la atención a la persona que nos habla. Supone, por tanto, madurez, en pocas palabras: caridad cristiana, capacidad de amar. Es un arte raro. “Para oír, basta el tímpano, para escuchar, el corazón”, escribe Martín Descalzo. ¡Cuántas veces hemos comprobado que personas que habían venido a pedir un consejo se van contentas, sin haber recibido ninguna respuesta de parte nuestra! Lo que buscaban, quizá sin saberlo, era sencillamente ser escuchadas, encontrarse con una persona atenta. En su reciente encíclica, *Fratelli tutti*, el papa Francisco habla sobre “La práctica de la gentileza” (n. 224).

Aquí podríamos recordar la importancia de escuchar, en la oración. Sabemos que, en esta dimensión tan decisiva en nuestra existencia, lo más importante no es hablar, sino precisamente escuchar al Espíritu.

### *La sencillez de vida*

El estilo sofisticado, que se envuelve de presunción y consumismo, acaba por distraer el corazón y volverlo insensible a las necesidades de los demás, incapaz de profundidad y, por tanto, pobre de alegría. El consumismo actual ha propiciado un tipo de persona ciega a la situación de un planeta herido, que amenaza con reacciones violentas que traerán destrucción a la comunidad humana, como se está demostrando. El hábito de comprar sin verdadera necesidad, simplemente porque “estaba en oferta”, refleja dicha falta de conciencia. La atención excesiva a la apariencia, al estilo de vida sofisticado y presuntuoso, refleja un profundo egoísmo; es un signo de la vida complicada e inútil de no pocos contemporáneos nuestros.

### *La humildad*

Conocer y reconocer nuestra realidad, aceptar agradecidos nuestra dependencia de Dios y de los demás, es un secreto de la serenidad y de la paz profunda del corazón. El corazón pacífico es humilde. Va hermanado con la gratitud, con la confianza en Dios, en sí mismo y en los demás. Es un corazón en el que palpita la alegría del Evangelio.

La persona humilde nunca destroza a nadie ni humilla con sus palabras. “Una persona humilde maneja la presencia de los demás con mano suave, corazón tierno y mente abierta”,<sup>4</sup> dice Joan Chittister. Al reflexionar sobre los frutos de la humildad, la misma autora escribe: “La

humildad dilata la mente para escuchar el ruido de nuestro interior que debe ser acallado. La humildad nos pone en sintonía con la sabiduría exterior a nosotros que debe ser aprendida. La humildad nos salva de anegar nuestro corazón en el ruido de nuestra propia confusión”.<sup>5</sup> La persona humilde brinda una presencia tranquila y amable, que inspira confianza en el ambiente en que se mueve.

### *La esperanza*

Una virtud hoy muy necesaria. Parece que el mundo la ha olvidado y, sin saber, la necesita con urgencia: tener un motivo para continuar la lucha diaria, sin perder de vista el horizonte siempre abierto, a pesar de los nubarrones que puedan oscurecer el panorama.

Sólo el corazón pobre sabe conservar viva la esperanza, porque reconoce que solo no puede superar las dificultades. Entonces espera. Por eso, los pobres, los que no tienen medios de subsistencia ni defensores, aprenden a poner su confianza en el Señor.

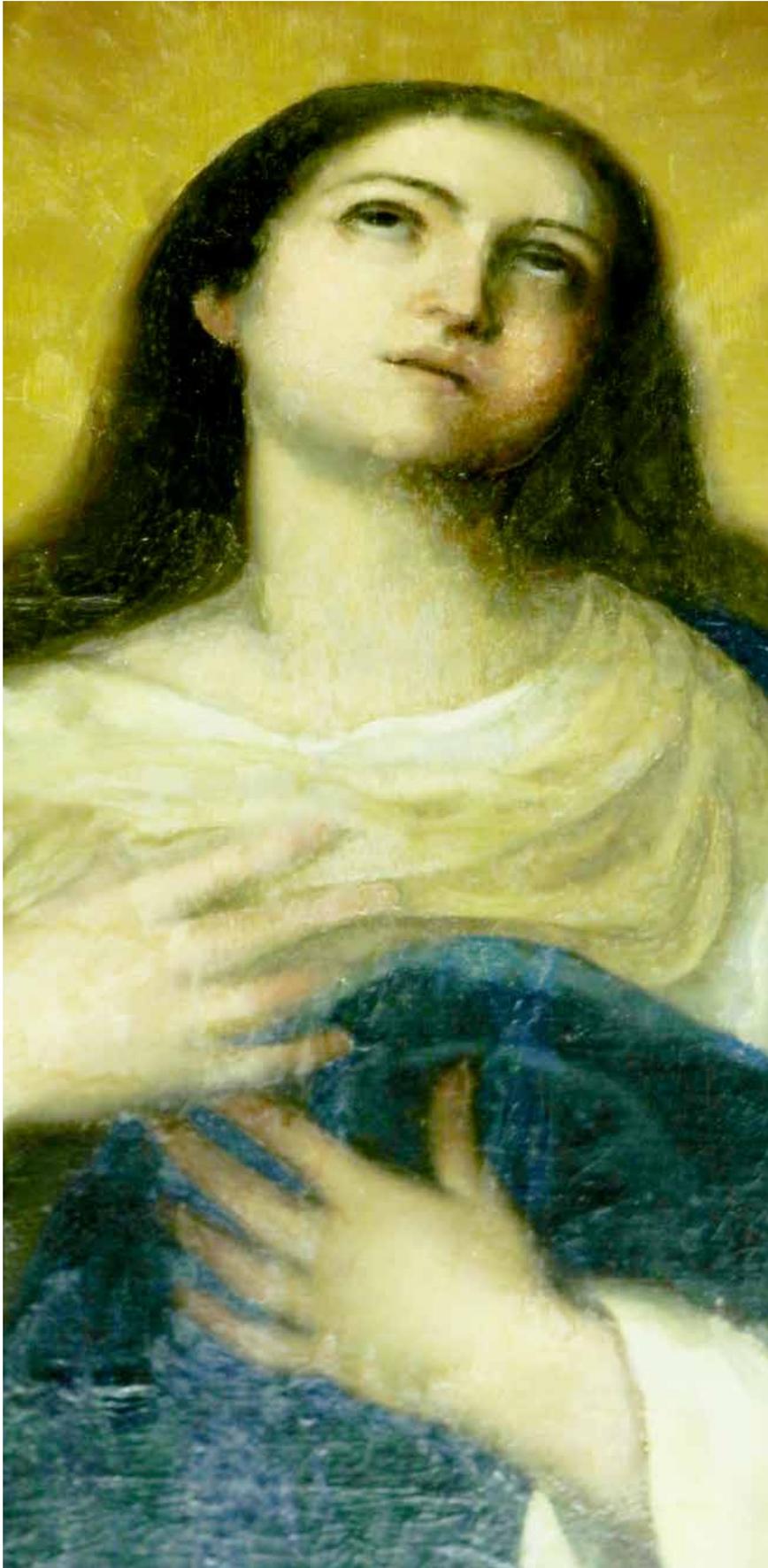
El que vive en esta dimensión puede decir como Pablo: “Todo lo puedo en Aquel que me da la fuerza” (Flp 4,13), porque las energías del Resucitado actúan en él y le dan una gran confianza en cualquier situación.

El ministerio de Pablo podría ser caracterizado como “ministerio de la alegría”, un modelo para quienes pretendemos servir al Señor.

Si la sociedad tecnológica ha podido multiplicar los placeres, parece haber escondido la verdadera alegría. Nadie da lo que no tiene.

### *La gratitud*

Reconocer los bienes recibidos y agradecerlos ayuda a fomentar el optimismo, a poner atención en los frutos consecui-



dos, y no sólo en los defectos. La gratitud es virtud del corazón noble, capaz de reconocer los bienes recibidos. Es profunda y elocuente la frase atribuida al filósofo chino Lao-Tse: “El agradecimiento es la memoria del corazón”. La oración tan importante, en la espiritualidad ignaciana, el Examen de Conciencia, comienza con el agradecimiento al Señor por los bienes que nos concede. El filósofo alemán Martín Heidegger escribió la frase “Denken ist Danken” (pensar es agradecer): el simple hecho de tomar conciencia nos lleva espontáneamente a agradecer.

Lo que indica este conjunto de dimensiones es en realidad la santidad para nuestros días, una llamada a revelar su fuente: el Espíritu Santo, dando testimonio cada vez más directo de su presencia y de su acción.

#### *La Resurrección, experiencia gratuita y necesaria*

Olivier Clement, al escribir sobre el tema, dice que la alegría irrumpe en lo concreto de nuestra realidad para aliviar nuestra fatiga y nuestros límites,<sup>6</sup> pero al estilo de Jesús, es decir, toca nuestro corazón sin imponer nada, simplemente para invitarnos.

Para nosotros no existe la alegría sin la Resurrección, que celebramos y renovamos cada domingo, que une la Pascua y la Parusía. La eucaristía dominical hace presente el mensaje de Isaías:

*Preparará el Señor de los ejércitos, para todos los pueblos, en este monte, un banquete de manjares grasos, un banquete de vinos excelentes, de alimentos suculentos, de vinos refinados. Él arrancará sobre este monte el velo que cubría la faz de*

*todos los pueblos y la cobertura extendida sobre todas las naciones. Eliminará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todo rostro (Is 25,6-8).*

Nosotros envejecemos. Es el destino del hombre exterior. Pero el hombre interior, pascual, palpita dentro de nosotros. Nuestro corazón anhela la alegría de la Pascua. En cuanto a la muerte, la nuestra y la de nuestros seres queridos, es percibida por nosotros como un paso, una vía de resurrección. En la Pascua, la vida verdadera viene a nosotros. El alma se convierte en sonrisa, emoción, amor, ternura, sensibilidad y vida en estado puro.

Si los hombres sufren de soledad, aunque habiten en grandes ciudades necesitan el anuncio de la Pascua en la que Jesucristo inaugura sacramentalmente una nueva era. El mejor modo de prepararse a la muerte es ser de veras seres vivientes, de corazón renovado, transformados: de “corazones de piedra” que éramos, transformados ahora en “corazones de carne”.

La alegría cristiana es *escatológica*, es decir, motivada por el hecho de que el Señor vendrá de nuevo. Nuestra mirada, centrada en él, no se cierra en las realidades transitorias. Si nuestro futuro es promisorio, esperanzador, ¿por qué no tenerlo presente? Cuando el profeta Isaías contempla ese tiempo nuevo que nos espera, expresa una serie de frases sumamente luminosas. Por ejemplo: *Enjugará el Señor Yahveh las lágrimas de todos los rostros (Is 25,8).*

*Conclusión: de la alegría al amor*

Todas estas dimensiones quedarían incompletas si no añadiéramos la más importante: el amor. *Si no tengo amor*

—escribía san Pablo— *soy como un metal que resuena; aunque hablara las lenguas de los ángeles..., si no tengo amor no soy nada (1 Cor 13).* Es lo más importante de la vida, una dimensión que va siempre junto a la alegría, como su clima, el origen de la paz y del verdadero gozo del corazón.

Todos los mandamientos se sintetizan en uno: el amor fraterno: *En esto conocerán todos que son mis discípulos: en que se tienen amor los unos a los otros (Jn 13,35).* A propósito de esta síntesis, escribió Pablo, en la principal de sus cartas:

*Pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, lo de “No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás” y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud (Rom 13, 8-10).*

No podemos dejar de mencionar aquí el texto extraordinario sobre el amor en 1 Juan 4,7-21. La práctica del amor, desde la persona que ama, es como “la fragancia del perfume que llena la casa” (Jn 12,3), es la transformación de un ambiente que se vuelve humano y amable. Sobre el tema del amor podríamos extendernos todavía, pero sería algo desproporcionado a los límites de esta exposición.

La caridad es la atmósfera donde finaliza y florece la alegría. Por eso, después de invitar a la alegría, Pablo recomienda que la delicadeza (*gentleness*) de los filipenses sea conocida a todos los hombres, que tiene manifestaciones en virtudes como la mansedumbre, la

benevolencia, la moderación, la cortesía, la bondad, la paciencia, el no mostrarse coléricos, fácilmente irritables. Es una afabilidad opuesta a toda violencia e intolerancia.

Para concluir, oigamos a Karl Rahner, desde su obra *Encuentros con el silencio*, dialogando con Dios, a propósito del tema del amor:

*Sólo en el amor puedo encontrarte, Dios mío. En el amor, las puertas de mi alma se abren de par en par, y me permiten respirar un aire nuevo de libertad y olvidar mi propio yo mezquino. En el amor, todo mi ser escapa de los rígidos confines de la estrechez y ansiosa afirmación de sí, que me hace prisionero de mi propia pobreza y vacío. En el amor, todos los poderes de mi alma fluyen hacia ti, queriendo no regresar más, sino perderse a sí mismos totalmente en Ti, puesto que por Tu amor Tú eres el centro íntimo de mi corazón, más cerca de mí que yo mismo.<sup>7</sup>*

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA  
TORREÓN, PASCUA DE 2022

#### NOTAS

<sup>1</sup> Joan CHITTISTER, *Doce pasos hacia la libertad interior*. Retorno a la humildad. Santander, Sal Terrae, 2005.

<sup>2</sup> Campo semántico: un conjunto de palabras que se relacionan entre sí en torno a un elemento de significado común.

<sup>3</sup> Gianfranco RAVASI, *L'Incontro. Ritrovarsi nella preghiera*. Mondadori, Milano, 2013, 5-6.

<sup>4</sup> J. CHITTISTER, *op. cit.*, 79.

<sup>5</sup> J. CHITTISTER, *op. cit.*, 83.

<sup>6</sup> O. CLEMENT, *Joie de la Résurrection*. París, 2015.

<sup>7</sup> K. RAHNER, *Encounters with Silence*. Westminster, Newman Press, 1960.

# El luto literario de Volpi

Laura Elena Parra López

*Si yo escribo estas líneas es para mantener a mi padre conmigo.*

JORGE VOLPI

## Laura Elena Parra López

Torreón, Coahuila, 1962. Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad Autónoma del Noreste. Maestra en Desarrollo Humano con especialidad en orientación por la Universidad Iberoamericana Santa Fe, maestra en Gestión sociocultural por la Universidad Iberoamericana Torreón y maestra en Psicoterapia Corporal por Mar Abierto Centro Terapéutico y Consultoría Empresarial. Trabajó en la Universidad Iberoamericana Torreón por más de treinta años. De 1990 a 2022 se desempeñó en varios puestos. Coordinó varios Diplomados para la formación de profesores, fue Coordinadora del Centro de Desarrollo Educativo y Procesos Docentes, de la licenciatura en Educación y de la licenciatura en Educación y práctica docente. Catedrática en varias universidades de la región desde 1984 a la fecha, tanto en Torreón como en diferentes estados del norte del país. Es autora del libro *Mamá Tacha. Cien años de pasión y fortaleza* (2022) y coautora de los libros colectivos *Del gis a la pantalla táctil* (2017), *Rostros de la agresión* (2018) y *Vendaval de cambios* (2021). laure-pl-@hotmail.com

La primera vez que escuché hablar de Jorge Volpi fue en la FIL de Guadalajara 2008, cuando Carlos Fuentes elogió su trabajo como escritor. Nunca había leído una obra de Volpi hasta que encontré, nuevamente en la FIL Guadalajara 2022, un libro de su autoría que llamó mi atención. El libro en cuestión es *Examen de mi padre. Diez lecciones de anatomía comparada* (Alfaguara, México, 2016, 289 pp.).

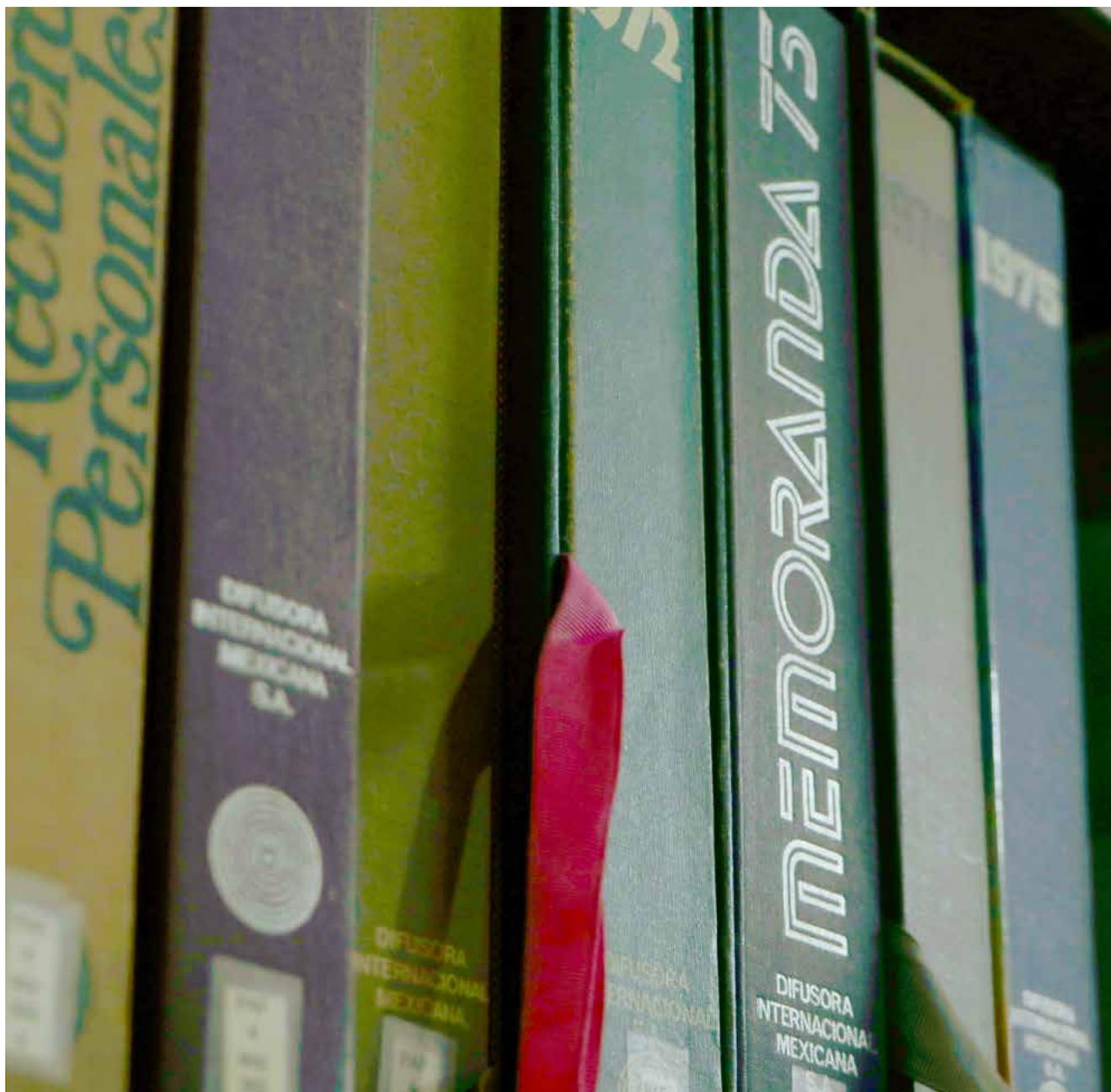
Jorge Luis Volpi Escalante nació en la Ciudad de México el 10 de julio de 1968. Se tituló como licenciado en Derecho en 1993 y como maestro en Letras mexicanas en 1998 por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es, además, doctor en Filología hispánica por la Universidad de Salamanca. Su tesis doctoral, presentada en 2003, acerca de las relaciones entre el subcomandante Marcos y los intelectuales en 1994, se convirtió en la novela *La guerra y las palabras* (Era, México, 2004).

Ha sido profesor universitario, director del Centro Cultural de México en París, de 2001 a 2003, y miembro del Sistema Nacional de Creadores de México, de 2007 a 2011. Fue director del Canal 22 —la cadena cultural de la televisión pública de México— y director General del Festival Cervantino de 2013 a 2016, mismo año en el que lo nombraron coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y, desde principios de 2022, es director del Centro de Estudios Mexicanos (CEM) en España, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Entre sus novelas encontramos *El juego del Apocalipsis: viaje a Patmos* (Plaza y Janés, 2001), *El fin de la locura* (Seix Barral, 2003), *La paz de los sepulcros* (Planeta, 2007), *Memorial del engaño* (Alfaguara, 2014), *Una novela criminal* (Alfaguara, 2018) y *Partes de guerra* (Alfaguara, 2022).

Escritor de ensayos como *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968* (Era, 2019), *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción* (Alfaguara, 2011) y de antologías como *Día de muertos, antología de cuentos mexicanos* (DeBolsillo, 2001).

Ha recibido premios y reconocimientos entre los que destacan el Premio Plural de Ensayo en 1991, el Premio Iberoamericano Deba-



te-Casa de América 2008, el Premio Mazatlán de Literatura 2009 y el mismo año el Premio José Donoso. Con su novela *En busca de Klingsor* (Seix Barral, 1999) ganó el Premio Biblioteca Breve 1999 —esta obra se publicó en veinticinco idiomas—, y con ella dio origen a la llamada Trilogía del siglo XX que se completa con *El fin de la locura* (Seix Barral, 2003) y *No será la tierra* (Alfaguara, 2006). El V Premio Planeta-Casa de América 2012 lo obtuvo

por *La tejedora de sombras* (Planeta, 2012) —novela que escribió acerca de Christiana Morgan y la relación que tuvo con Henry Murray con quien creó el Test de Apercepción Temática—, recibió el Premio Alfaguara en 2018 y la Beca Guggenheim. Además, es Caballero de la Orden de las Artes y las Letras (Francia) 2009, impuesta por el Embajador de Francia en México, Daniel Parfait.

En el libro *Examen de mi padre* Volpi menciona: “Mi padre murió el 2

de agosto de 2014. Él nos había contado que, cuando murió su madre, guardó un año de luto en el que jamás dejó de usar una corbata negra. Yo decidí volver mi luto literario y dediqué el 2015 a un libro que me permitiese recordarlo”.

La obra se compone de diez ensayos que tienen el nombre de un órgano o una parte del cuerpo y que son el hilo conductor a través del que se desarrolla este libro. Volpi adereza cada capítulo con datos históricos acerca de la medicina,

los médicos, (en especial de los cirujanos porque era la profesión de su padre), el contexto nacional, así como aspectos de la historia de su padre, sus últimos días, su vida después de jubilarse y —quién sabe si por eso— su depresión, que si bien no era tan ajena para él, se vio acentuada por su vejez, su retiro laboral y por la violenta situación de México, llena de muertes, desapariciones e impunidad de los últimos años de vida de su padre y que sigue, lamentablemente, también para nosotros.

En relación con su forma de ser, Volpi escribe: “La más dolorosa demostración de la falibilidad de la inteligencia fue comprobar cómo ésta nunca le ayudó a mi padre a ser feliz. Su lucidez, su talento analítico y sus conocimientos de todas las materias —eso que llamaríamos ‘su cultura’— pocas veces le permitieron dejarse arrebatar por la emoción o la euforia”. También era un hombre con una moral cimentada en el deber ser, en poner la obligación por encima del deseo. Era un hombre estoico o espartano, puntualiza el autor.

Nos habla del declive del hombre inteligente que fue su padre, del médico cirujano que tenía una vasta cultura (y que el escritor tanto admiraba) y cómo, poco a poco, se fue deteriorando para replegarse en el hombre que sólo estaba pendiente de sus obsesiones y su salud. Cuenta que visitaba a sus padres cada domingo, desde el 2013 en el que regresó a México, y que no dejaba de preguntarse, al despedirse de su padre “junto a su cama, en la vaga penumbra de su cuarto, adónde se había ido lo mejor de mi padre, por qué quedaba tan poco de él en ese cuerpo estragado y débil. ¿En qué meandro o abismo del cerebro se había perdido su energía, su talento, su tenacidad, su verdadero yo?”.

Jorge Volpi menciona que “Si hoy tratara de definirlo, tendría que recordar sus creencias fundamentales: su intransigencia moral, su catolicismo, su conservadurismo, su talante crítico, su altruismo y su vocación de servicio”. También señala que su padre amaba el Renacimiento, “Adoraba a Miguel Ángel y Rafael y sentía una identificación particular con Leonardo”. Le gustaba Velázquez y Rembrandt, pero no los modernos (de su época) como Dalí o Picasso a quienes detestaba, así como a los muralistas mexicanos como Rivera y Siqueiros (a los primeros por ser españoles y a los segundos por ser comunistas). En fin, “despreciaba lo autóctono y desconfiaba de lo moderno”.

“A diferencia de mi madre, quien no dudaba en propinarnos unas nalgadas o un pellizco, mi padre nunca nos pegó (solo una sola vez me dio un manazo cuando le colgué el teléfono mientras hablaba con uno de mis tíos). Sus mannos eran, sin embargo, la medida de su autoridad: una indicación suya bastaba para inmovilizarnos. Aunque pocas veces gritaba o perdía el control, hasta la adolescencia nos resultaba casi imposible desobedecerlo. A fin de constatar que mi madre hubiese limpiado cada esquina de la casa, a veces se ponía un guante blanco y lo deslizaba por muebles y repisas en busca de motas de polvo que exhibía ante ella como pruebas de su crimen”. Volpi recuerda a su padre como un hombre amoroso y comprensivo, pero que tenía muy dentro de él algo que le provocaba una aversión y pavor al caos, a la suciedad y al desorden.

En el ensayo acerca de la piel, el autor menciona que cuando decimos que alguien está conforme con su vida expresamos que esa persona “se siente a gusto

en su propia piel” y que no cree que su padre hubiera podido pronunciar jamás esa frase. “Algo siempre lo incomodaba. Y ello se debía a que tenía la piel muy delgada: no toleraba la corrupción, la fealdad, la injusticia y la pobreza a su alrededor”.

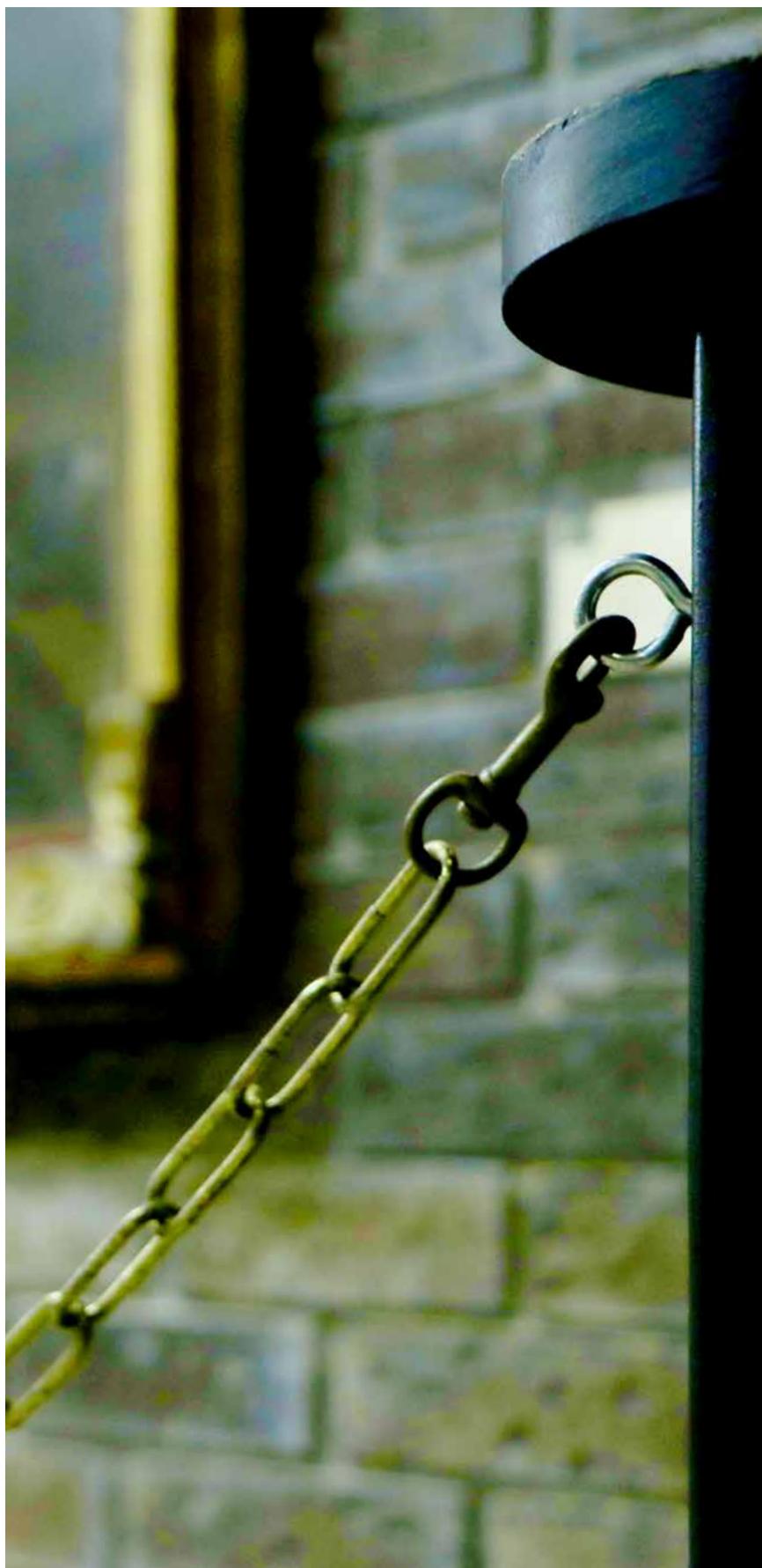
Las enseñanzas de su padre acerca de la música, la historia y la literatura se remontan a su infancia, cuando a las dos en punto de la tarde, antes de servir la comida, la familia se sentaba alrededor de la mesa; su padre en la cabecera, su madre a la derecha, su hermano a la izquierda y Jorge Volpi frente a su padre. En ese momento todos esperaban a que el padre pusiera un casete en su vieja grabadora, dejaba que se escucharan los primeros acordes y les preguntaba si reconocían la pieza musical. Entonces, si no respondían al momento, mencionaba que era la Quinta o Sexta de Chaikovski, un concierto para piano de Beethoven o Brahms, y les indicaba, sonriendo, que esperaba que la próxima vez sí logran adivinar. Luego, mientras servían la comida, el padre continuaba con las enseñanzas y les relataba historias que incluían “escenas de la revolución francesa y del imperio romano, el argumento condensado de novelas de Hugo, Verne, Salgari o Dumas y sinopsis adaptadas para niños de óperas como Rigoletto o Madama Butterfly”. Volpi señala que ellos lo escuchaban embobados y que su padre siempre iniciaba con la misma introducción: “Hagamos un jirón en el telón que cubre la noche de la historia para contarles lo siguiente, hijos míos”. Menciona el autor que cuando ha querido encontrar el origen de su pasión por las historias (más que por la literatura) estas experiencias son las que vienen a su memoria.

También es un libro autobiográfico, pues en él nos va descubriendo al niño

débil, pero inteligente, que él mismo fue. Nos describe sus andanzas por el camino del *bullying* y las similitudes que tiene con su padre, quien era muy exigente y siempre quería tener la razón —nadie podía hacer ruido mientras dormía—, exigía los mejores resultados escolares. Jorge Volpi considera a su padre como una linterna, como el Superyó que lo frena y lo mide, como la sombra del poder. Pero también como el padre que le heredó su amor por la música, la poesía y las historias. Nos habla de sus estudios, de su puesto en el gobierno, de su salida del Instituto de Investigaciones Jurídicas y de su carrera como escritor.

En una de las presentaciones de este libro, Jorge Volpi comenta que quería escribir acerca de temas que le interesaban a su padre. El libro está lleno de datos médicos, historias de los pioneros de la ciencia, del avance de la medicina, de anatomía, del cerebro humano. En él desarrolla ideas acerca de la discriminación, la sexualidad, los migrantes, el narcotráfico, los zapatistas, los estudiantes de Ayotzinapa, así como también menciona el arte, la música y el cine.

En síntesis, la formación académica de Volpi se ve reflejada en esta obra así como su pasión por la política, la ciencia y el arte. *Examen de mi padre. Diez lecciones de anatomía comparada* es un libro que disfruté mucho. Contiene una cascada de temas que salpican y se unen a las memorias que escribió Jorge Volpi acerca de su padre, como un tributo a ese hombre para quien la felicidad consistía en un viernes por la tarde, que estuviera lloviendo, poner música y operar a alguien. La obra resulta muy interesante para las personas a quienes nos gusta leer historias reales, bien escritas, que nos dejen aprendizajes y la posibilidad de reflexionar.



# Una espía en la familia

Vicente Alfonso

## Vicente Alfonso

Torreón, Coahuila, 1977. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México, es autor de *Huesos de San Lorenzo* (Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz, publicada en español por Tusquets; traducida al italiano, alemán, griego y turco, novela finalista del Premio Atenas, otorgado a la mejor novela extranjera publicada en Grecia). En 2018 obtuvo el Premio Bellas Artes de Crónica Literaria Carlos Montemayor por su libro de crónicas *Aquí se pudre todo*. También es autor de *Partitura para mujer muerta* (Literatura Mondadori-Premio Nacional de Novela Policiaca 2008). En cuento ha publicado *Contar las noches* (Premio Nacional de Cuento María Luisa Puga 2009). Su labor como reportero y articulista le ha valido el I Premio Iberoamericano de Periodismo Ciudades de Paz (auspiciado por la UNESCO el Ayuntamiento de Madrid y la UCCI), el Armando Fuentes de Periodismo Cultural y en dos ocasiones el Estatal de Periodismo Coahuila. Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, del Programa de Cooperación Internacional México-EE.UU. y del programa para Creadores con Trayectoria de Coahuila. Su novela más reciente es *La sangre desconocida* (Alfaguara). cajondesastre77@gmail.com

“**D**esvestirse expone”, observa Mónica Lavín en su más reciente libro, *Últimos días de mis padres* (Planeta, 2022). La frase alude a una mesa que la escritora ha heredado de su madre: sin los manteles que la ataviaban, y lejos del comedor familiar, el objeto no parece el mismo. La idea también podría aplicarse al libro en sí, pues en este nuevo título, la autora de ocho novelas y seis volúmenes de cuento ha optado por una estrategia distinta, aunque hacerlo implique exponerse. Me explico: es bien sabido que cuentistas y novelistas estamos no sólo autorizados, sino obligados a distorsionar la historia cuanto sea necesario para provocar en los lectores el efecto deseado. Pero ¿qué ocurre cuando el punto de partida para escribir es preservar la memoria familiar, aunque hacerlo implique renunciar a los privilegios de la ficción?

Con 253 páginas, *Últimos días de mis padres* pertenece a lo que ya puede ser visto como un género literario: libros que consignan, desde el punto de vista de hijas o hijos, la muerte del padre, de la madre, o de ambos. En esta línea pueden citarse obras como *Beber un cáliz* de Ricardo Garibay, *La invención de la soledad* de Paul Auster, *Canción de tumba* de Julián Herbert, *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince y, en fechas recientes, *Sobre el duelo* de Chimamanda Ngozi Adichie, *Gabo y Mercedes, una despedida* de Rodrigo García Barcha y *La figura del mundo*, de Juan Villoro.

“Mi abuelo Lavín dejó su pueblo santanderino para buscar fortuna en esa tierra anegada, exuberante y palúdica y fundó finca y familia con su mujer también santanderina”, escribió Mónica Lavín hace veintitrés años en una certera crónica sobre la producción de café en Chiapas. Esas líneas son la única filtración autobiográfica en aquel texto de cien páginas. Faltaba un par de años para que las antiguas memorias familiares se asomaran, en forma de novela, en las páginas de *Café cortado*, obra que obtuvo el Premio Bellas Artes-Colima en 2001. Y aunque es muy probable que durante aquel viaje al Soconusco la escritora tomara notas para nutrir su novela, es un hecho que dos décadas más tarde el cabo que había quedado suelto en aquel párrafo seguía esperando a ser contado en clave realista.

La muerte de sus padres, quienes se llamaban cariñosamente entre sí Bicho y Sol, es el factor que detonó en Mónica Lavín la necesidad de convertir la historia familiar en una obra de no-ficción. Si Julio Scherer hablaba de reportear la memoria, la autora de *Yo, la peor* no duda en volverse, en sus palabras, una espía de sí misma. Una espía implacable que, decidida a preservar la memoria familiar, hurga en sus recuerdos y se observa en el papel de hija, de madre, de hermana y de abuela. No sólo se observa: se juzga y, a veces con rigor excesivo, se condena. Para contar la historia de sus padres, Lavín se remonta en el tiempo más de un siglo, retornando al mismo punto de partida que evocaba hace veintitrés años: cuando su abuelo paterno llegó a Chiapas en 1911 proveniente de España. Consigna también cómo su madre desembarcó todavía niña del Orinoco en julio de 1937. Desplazada por la Guerra

Civil Española, sólo pudo rescatar a Farina, su muñeca de trapo, pues en su maleta de exiliada le permitieron llevar sólo un juguete. Cuenta también cómo su padre, a su vez, nació en Tapachula de aquellos padres españoles que habían venido a “hacer la América”, y cómo un crimen artero que jamás fue aclarado le dejó huérfano muy joven. Así, sobreponiéndose a la adversidad, ambos niños crecieron, se conocieron y con el tiempo fundaron un proyecto común que incluía una familia pequeña pero muy unida, así como un próspero negocio.

La historia de Bicho y Sol no está contada en orden cronológico. Basada en su experiencia como novelista, Mónica Lavín ha preferido ordenar la vida familiar en capítulos muy breves que toman como eje aspectos del día a día: sobremesas, secretos compartidos, viajes por carretera, fiestas y ceremonias. No obstante, no estamos

frente a una complaciente colección de postales, sino una bitácora emocional que destaca por su desgarradora honestidad. Lavín se toma muy en serio su papel de espía: no se guarda ni las convalecencias dolorosas, ni las mudanzas forzadas por la necesidad, ni las turbulencias de la vida en pareja, ni el soterrado alcoholismo en el que se refugia algún miembro de la familia, ni las difíciles decisiones que los hijos deben tomar de botepronto en un pasillo de hospital, sabiendo que va de por medio la vida de los padres. Desvestirse expone. Siempre. Ejemplo de ello es un episodio que comienza de manera más bien chusca: a raíz de un accidente doméstico —una cafetera que estalla— la narradora termina enterándose de que en otra época su madre enfrentó sola una serie de problemas que los hijos jamás advirtieron. Saberlo detona en ella profundas cavilaciones en torno a





un fenómeno que, no por obvio, deja de obsesionarnos: hay aristas en la vida de los padres que los hijos ignoramos.

“Escribir requiere detalles”, sostiene Lavín en la página 26, y con ello permite ver que no se ha limitado a transcribir recuerdos. Detrás de este libro se adivina una rigurosa documentación: conversaciones con los hermanos, con empleados del negocio, incursiones en el archivo doméstico, incluso cotejos con otros expedientes para recrear el espíritu de cada época. Tal vez debido a esto, *Últimos días de mis padres* contiene muy inteligentes reflexiones sobre la naturaleza de la identidad y su relación con la Historia: sus páginas nos recuerdan que, más que una lista de atributos inmutables, la idea que tenemos de nosotros mismos —en lo individual y en lo colectivo— proviene de un sistema de relaciones en cambio constante. Un entramado vivo en donde influyen los padres, los hijos, la pareja, los hermanos, los amigos. Es también

un testimonio de la manera en que ha cambiado nuestra concepción de familia: desde aquellas parejas que, separadas por la guerra, se casaban “por poder” (es decir en ausencia del novio, mediante un documento notarial), hasta las luchas contemporáneas por los derechos de las mujeres.

Por otra parte, *Últimos días de mis padres* resulta un valioso documento que contiene no pocas lecciones en el arte de narrar, pues sus páginas revelan el génesis de algunas ficciones ya emblemáticas en la obra de Lavín: desde la ya mencionada novela *Café cortado*, pasando por los juegos de básquetbol durante la universidad (semilla de *La más faulera*), hasta cuentos como “El asa”, cuya semilla está en una conversación muchas veces repetida entre Mónica y su madre.

¿Hasta qué punto los hijos somos un proyecto de nuestros antecesores? Leyendo *Últimos días de mis padres* nos

enteramos de que una entre las muchas pasiones compartidas entre Sol y Bicho era el arte: de joven ella deseaba ser pintora, él escritor. Aunque ella intentó estudiar pintura, sus padres no se lo permitieron. Sin embargo, nunca dejó de dibujar. Él, hasta en las últimas etapas de su vida, porfió en ser escritor: traducía poemas de Carver, forjaba los suyos propios. Pero acaso el proyecto artístico más trascendente de ambos germinó sin buscarlo, como esos girasoles que brotan de pronto a la orilla de la carretera. Si bien es cierto que Mónica Lavín logra hacer un retrato entrañable de sus padres, no es menos verdadero que, al encarar el reto de narrar sin ficción el duelo derivado de esa doble ausencia, se expone y se revela como lo que es, como lo que siempre ha sido: una de nuestras mejores escritoras.

---

Mónica Lavín, *Últimos días de mis padres*, Planeta, 2022. 251 pp.

*Operación al cuerpo enfermo*, de Sergio Loo

# Órganos mi dolor sin instrumento

Renata Iberia Muñoz

*Porque el dolor —¿y qué otra cosa soy más que dolor?— me ha hecho eterna.*

ROSARIO CASTELLANOS

*Alimentando lluvias, caracolas  
y órganos mi dolor sin instrumento,  
a las desalentadas amapolas*

*daré tu corazón por alimento.  
Tanto dolor se agrupa en mi costado,  
que por doler me duele hasta el aliento.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

## Renata Iberia Muñoz

Torreón, Coahuila, 1997. Estudió Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la UNAM. Fue seleccionada para formar parte de la primera generación del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria de la Escuela de Escritores en la misma universidad. Ganadora del undécimo Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes “Fósforo” en la categoría Licenciatura, convocado por la UNAM. Poemas, relatos y ensayos suyos aparecen en la antología *Novísimas. Reunión de poetas mexicanas* Vol. II (Los libros del perro, 2022), en la compilación del Diplomado de Escritura Creativa (2023) y en revistas y suplementos culturales como *Punto de partida*, *Librópolis*, *Acequias* y *Confabulario*.  
renataiberia@gmail.com

**D**iscúlpame, Sergio, pero voy de nuevo, de lleno hacia tu cuerpo. Tu cuerpo descompuesto y supurante, tu pierna izquierda invadida por el sarcoma de Ewing que augura la amputación de tu extremidad. Discúlpame, Sergio, por unir mi mano a la del cirujano y ser cómplice de la incisión. No sé qué es lo que me arroja hacia tu cuerpo. ¿Será una mezcla de violencia, curiosidad y ternura? Quizá es el miedo de ver mi cuerpo reflejado en el tuyo. El miedo de saber que yo, al leer, también estoy abierta. Tan abierta y sin poder contenerte a ti ni a mí misma.

“Tengo la carne abierta. Soy carne abierta”, profesa Sergio Loo (Ciudad de México, 1982-2014) a modo de presentación en *Operación al cuerpo enfermo* (2015), obra póstuma publicada en coedición por Ediciones Acapulco y la Universidad Autónoma de Nuevo León. El poeta y narrador, que en 2011 detectó el tumor cancerígeno en la pierna izquierda que terminaría años después con su vida, hace de estas páginas una bitácora poética de su carne y la enfermedad. Desde la forma fragmentaria y el desorden cronológico, Loo abarca el recorrido entero del padecimiento a partir del momento exacto en el que la voz o el paciente (el autor

no le da nombre ni se posiciona en lo estrictamente autobiográfico) descubre el tumor, pasando por el diagnóstico, la operación y la amputación, hasta llegar a la muerte. Y si algo es claro en *Operación al cuerpo enfermo* es que Loo escribe desde un impulso que supera la permanencia del cuerpo. “Voy a morir” (58), decreta la voz poética, pero a través de las palabras sellamos el pacto del recuerdo, “la transfusión de mi voz a tu carne roja” (67).

El tumor, sin embargo, trae consigo un torrente de recuerdos y elementos como la familia, los vínculos amorosos, la afirmación y desviación de la identidad homosexual, memorias de abuso sexual y de autolesión. Loo da cuenta de que el tumor, esa bolita que al principio confunden con un músculo en desarrollo, no puede ni debe ser aislado en la historia de la voz. Es decir, que la historia de la enfermedad no es únicamente lo que pasa a partir de ella sino también todo lo que la precede.

A la luz de la enfermedad, todos los elementos que rodean el tumor revelan sus propias grietas, las fisuras por las que se cuelan la anomalía y la vulnerabilidad. En ese sentido, el cuerpo de Loo no es el único enfermo: todo lo que altera el orden, el *cuerpo social*, puede entenderse bajo la palabra *enfermedad*. Un ejemplo de esto son Cecilia y Pedro, las parejas de la voz poética. Porque se rehúsa a tener hijos, “Cecilia será una célula anómala: cáncer. Por salud al cuerpo social, de no ser útil la célula, se prescribe la extracción de la mujer-tumor” (14). Pedro, por su parte, es portador de VIH y homosexual. Loo percibe que, para una sociedad que fija la heterosexualidad como la norma, como lo *natural*, la homosexualidad también puede ser tratada como una enfermedad:

*Naturaleza*: lo que es y lo que no es *normal*. Ajustes perimétricos a su carne, diseccionándola múltiples veces [...]. Le podaron en ángulos rectos. Le configuraron y reconfiguraron el sistema nervioso según políticas internacionales. (14)

Incluso la homosexualidad de la voz es una amenaza por no ser una homosexualidad pura. Al relacionarse amorosamente con Cecilia, la voz abre una grieta en su sexualidad. La suya es una homosexualidad fallida, una enfermedad dentro de otra enfermedad. “Los maricones morales tienen miedo de que yo quiera tanto a Cecilia, que la traiga adentro de mí. Me la quieren extirpar.” (55).

Similar en su forma fragmentaria a *Diario del dolor* de la mexicana María Luisa Puga (Vindictas, 2021), donde la autora da cuenta de su vida con artritis reumatoide en cien fragmentos numerados, *Operación al cuerpo enfermo* tampoco es un recuento lineal de los hechos. En estos casos, el fragmento es la forma predilecta para narrar la enfermedad y el cuerpo doliente. Si la enfermedad quiebra el tiempo, ¿por qué la escritura debería quedar intacta? Más allá de las obvias complicaciones técnicas y físicas que supone emprender la labor de escritura con un cuerpo enfermo, quizá el fragmento es la forma que mejor puede albergar esta dislocación temporal, que es a su vez una dislocación de la identidad: “Estar enfermo es *ser* un enfermo: unas lindas vacaciones a tu sana identidad” (13), escribe Loo. Y es que la enfermedad revela el abismo que hay entre la vida a la que queremos llevar al cuerpo y la vida a la que el cuerpo nos lleva. El cuerpo enfermo, autónomo y misterioso, vive suspendido en su propio

paréntesis, un exiliado del tiempo y la realidad común.

Además de esto, en *Operación al cuerpo enfermo* el fragmento aparece como un destello de luz aforística en medio de la confusión. En medio del dolor, el cuerpo comienza a trazar su historia como puede, en espasmos de claridad o confusión. Estos fragmentos son como bocanadas de aire en medio del ahogo, pero Loo no pide ayuda ni compasión. Es más, ni siquiera se atreve a soñar con una cura. Como todas las nociones médicas, la noción de “cura” también es una construcción. Su postura, entonces, es la sospecha: “¿No puede uno simplemente estar mal hecho? [...] ¿Todo debe tener una cura? ¿Todo debe estar sano?” (11), pregunta.

Quizá el único sentido de orden es que cada uno de los fragmentos lleva por título una parte del cuerpo. Con esto Loo sugiere que existen tantas partes del cuerpo como posibilidades de enfermedad. Aunque ninguno de los fragmentos se relaciona temáticamente a la parte del cuerpo específica que los nombra, Loo parece hacer un guiño a los recovecos del cuerpo que nunca saltan a la luz, que permanecen escondidos pero que en la enfermedad se vuelven tangibles, partes esenciales y vulnerables del engranaje corporal. Quizá este es también un intento sutil de Loo por rehacer el cuerpo roto, ensamblarlo de nuevo bajo sus propios términos.

*Operación al cuerpo enfermo* no es una bitácora ni un diario. Tampoco es una autobiografía, aunque la historia no es enteramente ficticia. La obra tampoco se ciñe a la poesía o a la narrativa en los términos más estrictos de ambos géneros. Aquí yace una de las propuestas más arriesgadas de Loo: la creación de un género literario enfermo, indefinible,



anómalo para los sistemas que categorizan la expresión. Este libro es una quimera que, como el cuerpo de varios de los personajes, “[sale] por una puerta simple de sus complicadas teorías, laberintos donde viven” (56). *Operación al cuerpo enfermo* nos convoca a su propia

forma, a su propia manera de acomodar el cuerpo y, por lo tanto, al mundo.

Y más allá aún, estirando hasta las últimas consecuencias la noción de todo lo anómalo como enfermedad, queda otra pregunta: ¿es la poesía un género enfermo por definición? Podríamos

pensar que sí. Un flujo poético como el de Loo enferma al lenguaje, le prende fuego y después se frota en las cenizas de los preceptos con los que entendemos y acomodamos el mundo. Esta es la poesía que se atreve a imaginar al VIH creciendo como flores, como enredaderas en el cuerpo del ser amado, la poesía que se atreve a imaginar a un cuerpo que se desdobra para cobijarse a sí mismo o la poesía que se atreve a imaginar a un paciente que ve quistes en el cielo para después reírse a carcajadas durante una biopsia. Habitar un lenguaje enfermo, no tener ánimos de curarlo, de limpiarlo o purificarlo: esta es la *Operación al cuerpo enfermo*, meter el dedo sucio en la llaga, hurgar como quien descubre un corazón secreto y reconocernos, como Loo, “inconmensurable, bizarramente, deformemente vivos” (77).

•

*Cierro el libro y lo coloco de nuevo en el escritorio. Por las noches todavía lo escucho retorcerse y gemir. ¿Qué es, Sergio? Háblame. Ya no sé qué es real. Lo único que sé es que al tocarte mis manos comenzaron a recordar nombres de amantes, nombres de ciudades, de calles y mascotas que nunca tuve. Duerme tranquilo: la transfusión de tu voz a mi carne roja ha sido exitosa.*

*Sergio, vives en mí como el hueso roto que se recuperó pero ya nunca fue el mismo. Quedó de recuerdo un ruido, un pequeño ¡pop! que entretiene a la gente en las fiestas. Pero yo no te expongo, Sergio, yo te guardo. Porque me metí a tu cuerpo enfermo para cobijarme. Porque estamos abiertos y yo nunca pude imaginar que, en la oscuridad, hasta el órgano más desconocido pudiera brillar así.*

# Origen de *Encuentros fortuitos*

Miguel Báez Durán

Comentario sobre la escritura de *Encuentros fortuitos* (Monterrey, 188 pp.), libro de cuentos coeditado y publicado en 2023 por la Universidad Autónoma de Nuevo León y la Ibero Torreón.

## Miguel Báez Durán

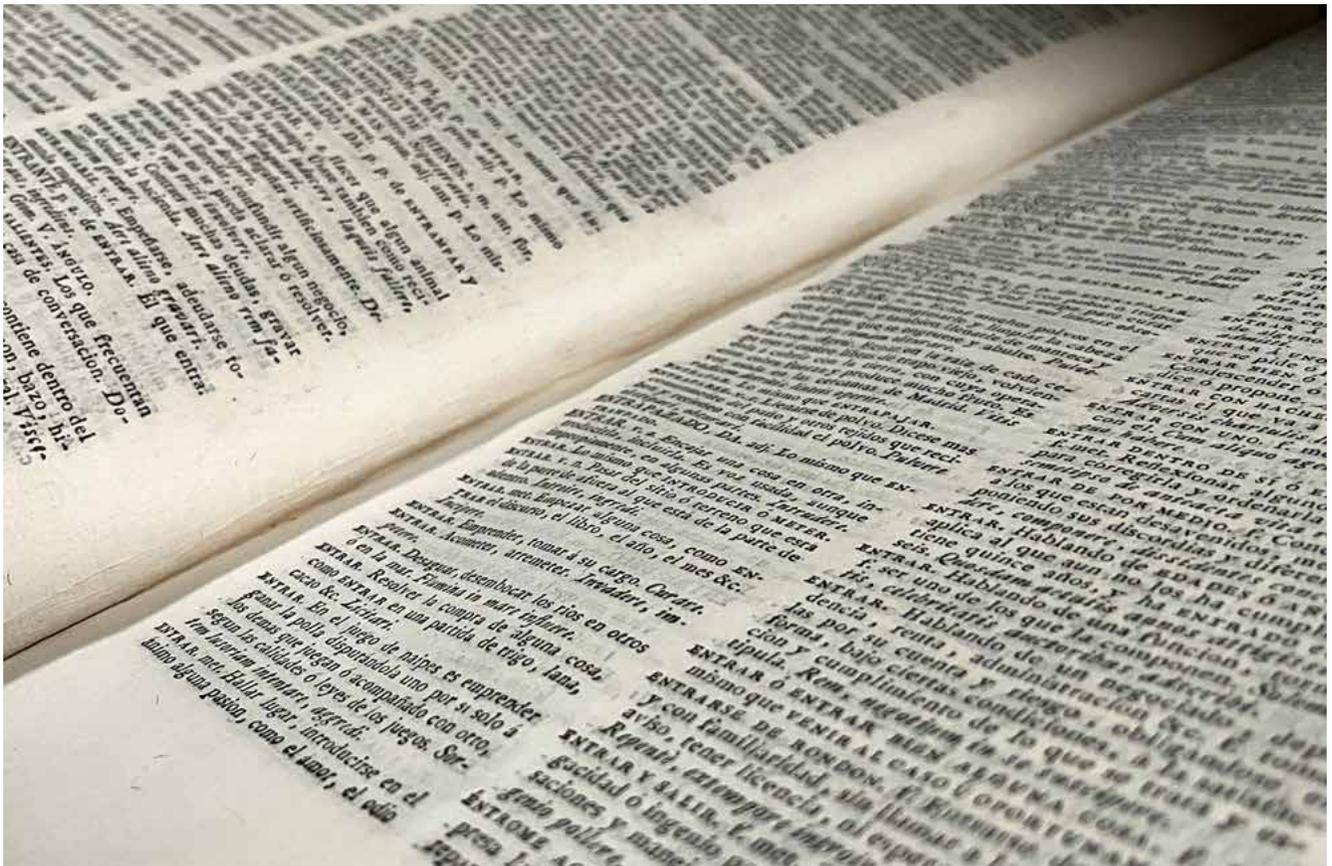
Monterrey, Nuevo León, 1975. Es licenciado en Derecho por la Universidad Iberoamericana Torreón y maestro en Letras españolas por la Universidad de Calgary. Ha publicado reseña cinematográfica y ensayo en los colectivos *Hoy no se fía* y *Sueños de La Laguna*, así como cuentos en *Enseñanza superior* y *Acequias de cuentos*. Sus textos han aparecido en el periódico *La Opinión* (ahora *Milenio Laguna*) y en las revistas *Brecha*, *Espacio 4*, *Siglo Nuevo*, *Estepa del Nazas* y *Acequias*. Es autor de *Vislumbre de cineastas* (reseñas, 2001), *Un comal lleno de voces* (ensayo, 2002), *Miel de maple* (cuentos, 2007) y *Encuentros fortuitos* (cuentos, 2023). De 2000 a 2004 fue profesor de asignatura en la Ibero Torreón. También fue docente de español como segunda lengua en la Universidad de Calgary, la Universidad Concordia y la Universidad de Quebec en Montreal (UQÀM). Hasta el 2017 fue profesor de tiempo completo en el Departamento de Lenguas y Culturas de Vanier College. A partir de ese año volvió a residir en Torreón. Actualmente colabora con la Ibero Torreón en el Departamento de Humanidades.  
baez\_miguel@hotmail.com

Un libro propio y publicado es como una risible gota dentro de un océano de letras muertas, una bofetada con guante blanco proveniente del tiempo luego de que siembra sus estragos. Hace casi 20 años, allá por 2004, *Encuentros fortuitos* iba a titularse de otra manera e iba a ser un compendio mucho más choncho de cuentos de largo aliento. También, con toda la ingenuidad del mundo, presentaría un juego de estructuras en evocación de cierto estilo cortazariano. Permítaseme explicar en tres renglones esta gracejada: un relato se enlazaría con otro para formar una espiral. En el centro de ésta, habría uno más donde convergieran todos los personajes de cada uno de los textos. Una locura pretenciosa pues.

Así surgió el primer relato, uno de título “Al infierno”. Por cierto, el de menor pretensión. Con su lectura es evidente que surge de una adicción gemela a la sufrida por los personajes, la del *anime* de nombre *Los caballeros del Zodiaco*, tan de moda en México durante los 90. Hay algo en el texto de represión y censura. También hay una porción de ese hechizo contenido en las historias de ficción que nos lleva a creer en ellas como si fueran una realidad. Eso le sucede tanto a la mujer protagonista como al niño antagonista cuando se encuentran. Se habrá publicado en alguna revista de literatura lagunera. En este momento, por los muchos años que me separan de su confección, no recuerdo con exactitud cuál.

De aquella misma época, cuando apenas acababa de llegar a vivir a cierta ciudad del este de Canadá, es “Muero por que no mueras”. Este cuento se publicó en el número 56 de *Estepa del Nazas*. No vale la pena mencionar que su origen se encuentra en mi involuntaria cercanía con una persona acorralada por la depresión. Sin embargo, más allá de la anécdota personal, busca convertirse en una alegoría de las famosas dos soledades canadienses: las representadas por las culturas anglófona y francófona. El antagonista es como Quebec, provincia vista a través de los a veces crueles y fríos ojos de una persona angloparlante. Su final, por lógica, no será nada feliz.

“Maestro en la metrópolis azul” también pertenece a mis primeros años de vida en Montreal, hacia mediados de la primera década de este siglo. La idea se me ocurrió durante el festival literario del mismo nombre



al que acudí para presenciar una charla con Carlos Fuentes. En pocas palabras, el texto es una manifestación de mi crisis de los treinta años. Mucho de lo que contiene, tanto entonces y con más razón ahora, me causa sorna. Y bastante risa. Al concluir su recorrido, los lectores se darán cuenta de que para el protagonista queda claro lo inútil que resulta querer dedicarse a la literatura. Se publicó en el número 57 de la ya mencionada revista.

No es un mero capricho que “Love Thy Neighbour” conserve el título en inglés. Esto se debe a la anfibología de *neighbour*, que puede traducirse al español ya sea como “vecino” o como “prójimo”. Durante el tiempo que residí en Canadá, viví en una docena de departamentos y solamente recuerdo uno en el que el nivel de ruido de los vecinos era tolerable. De haber padecido portazos, gritos y música a todo volumen en edificios de barrios estudiantiles,

nace el anecdótico de este texto. Su pasaje más escatológico tampoco se aleja mucho de la verdad. También encontró lugar en *Estepa del Nazas*, en su número 59.

“Encuentro fortuito” cierra el volumen y, por su dedicatoria, lleva consigo una carga emotiva que, en el gusto de quien lo creó, lo coloca un peldaño por encima de los demás. Retrata a ese tipo de seres humanos que se inventan aniversarios para paliar su soledad, así como su ineptitud ante las relaciones sociales. Lo escrito, escrito está y solo podría agregar lo difícil que resulta hablar del fenómeno de la belleza. Se publicó en el número 50 de *Acequias*.

A partir de este punto, se abre un gran paréntesis de años, dedicados a redactar una novela inédita. De esta primera camada de relatos, se me había quedado pendiente “Ceros a la

izquierda”. El chispazo de inicio me lo dio una antigua compañera de una clase de francés con quien compartí aula allá por 2005. Durante más o menos una década no logré deshacerme de la trampa misógina que implicaba el desarrollo del cuento. Con la lectura de un blog sobre peripecias fresoides y juveniles en Montreal, uno de hechura más que vergonzosa, encontré a los protagonistas y narradores requeridos para la misión. Ellos harían el trabajo sucio por mí. Eso resolvió el problema y pude retomar el hilado del cuento, tal vez el más extenso, humorístico y, sin duda, el que más me divirtió escribir. Por supuesto, a causa de su extensión, no me parece que encontrara espacio en ningún medio impreso de La Laguna.

Y al aterrizar en el último cuento de esta cronología vuelvo al principio del volumen: “Misteriosa Mexicana Muerte”. Así, con sus mayúsculas

injustificadas y su equívoca sintaxis. Este título evoca los muchos de las novelas policíacas, género que exploré entre la pubertad y la adolescencia, las mismas lecturas que me incitaron a escribir ficción por primera vez, hace tres décadas y media. Nunca hubiera querido aprovecharme de la violenta realidad de mi país para redactar un texto semejante. Sin embargo, algo llamaba mi atención en los reportajes sobre asesinatos de canadienses en las playas de México. Una serie de hechos

tan incómodos como ineludibles. Junto con “Maestro...” es el más metaliterario, así como el que plantea los numerosos desafíos de la traducción. Su aparición en este volumen es la primera.

Una década separa al primer relato del último. Desde el momento en que se terminó de redactar, nos separa casi otra década. Así sucede con los libros. Cierro con una posdata y un dato tal vez no muy inútil: durante el periodo de Otoño de 1997, cuando me encontraba a punto de finalizar mis estudios en esta

universidad, Jaime Muñoz me invitó a colaborar en el primer número de *Acequias*. Lo hice con una reseña sobre *Vértigo* de Hitchcock. Si este texto que escribo ahora llega a publicarse en el número 91, también a petición de Jaime, me dará mucho gusto haber cerrado un ciclo que abarcó unos cuantos años. Suerte a este libro y a sus posibles desencuentros con quienes lo lean y revivan así sus letras muertas.

*Torreón, Coahuila,  
septiembre de 2023*



# Ironía en *El renacer de Catalina*

Yolanda Natera de la Peña

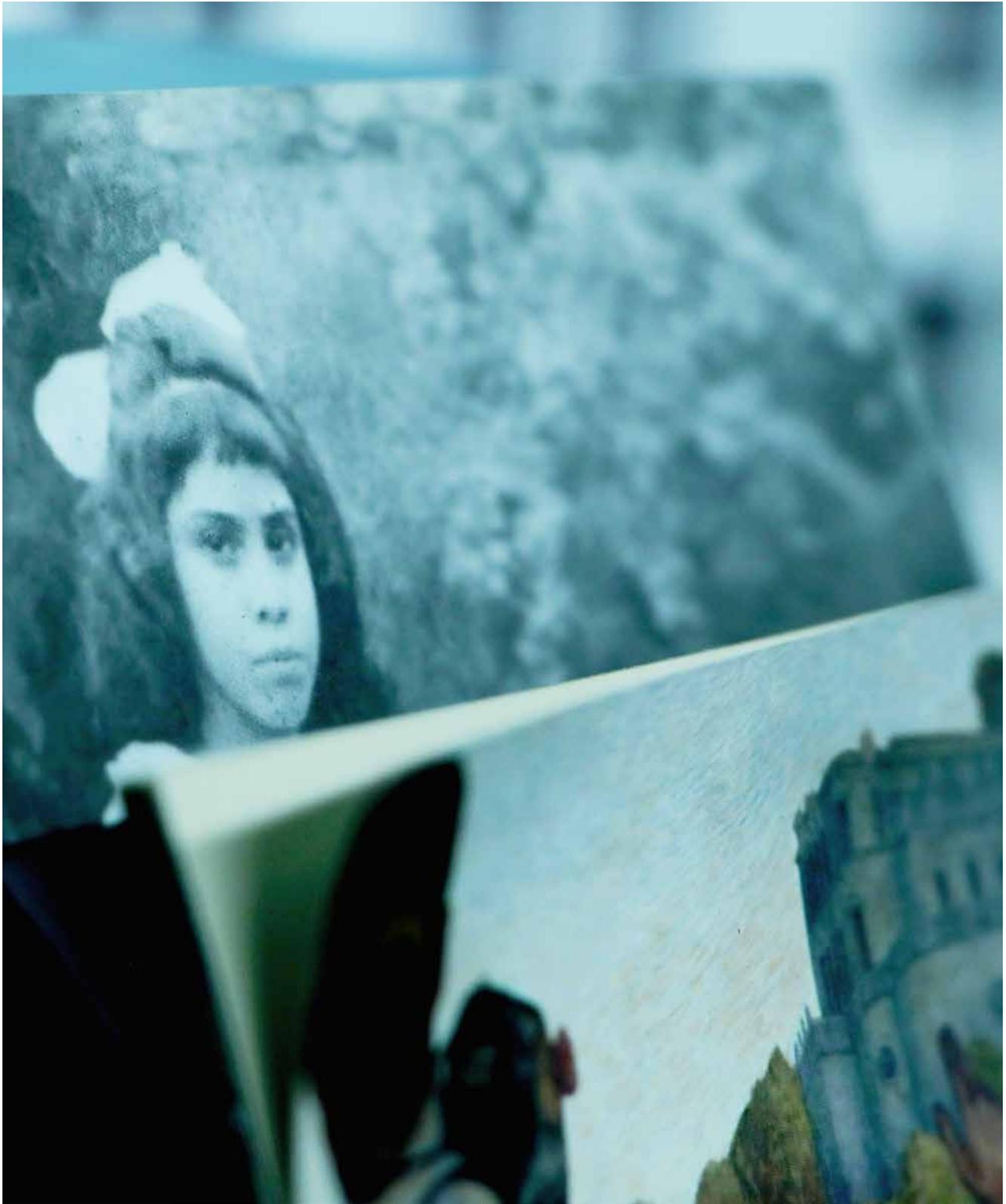
*El renacer de Catalina* (Ayuntamiento de Torreón, 2023) es un libro de historias breves e intensas que en sus páginas nos muestra situaciones personales y sociales que suceden en la actualidad. Angélica López Gándara escribe con una prosa precisa, austera y transparente. Son cuentos ágiles y directos al mostrar los acontecimientos que viven los personajes.

Desde el título de este libro, Angélica evidencia su ingenio para utilizar la ironía como un recurso en sus narraciones que aligera las desgracias de la realidad. Es una obra que se disfruta, pues las situaciones conflictivas y trágicas que relata van aderezadas de un leve sentido del humor y una ironía que nos hace tener una sonrisa ácida, en algún momento, y eso se agradece. Es una narrativa que tiene un tinte tragicómico en todos sus cuentos. La vida puede tener crueldades y ser pródiga en desgracias, pero existen formas de narrarla que atenúan los sucesos trágicos. En la literatura existen diversos autores con esta visión tragicómica: está el Quijote de Cervantes, las obras de teatro de Moliere, algunas novelas de Jorge Ibarguengoitia, y algo en los cuentos y novela de Juan Rulfo, entre tantos otros autores.

Este libro de cuentos muestra temas diversos, situaciones y personajes muy contemporáneos. Evidenciando conflictos existenciales y vivencias del presente, transformados en literatura. Angélica López Gándara tiene una apreciable capacidad de síntesis para relatar en pocas páginas acontecimientos esenciales en la vida de los personajes. Y es atractivo leer obras literarias que reflejan lo que se escucha y vive en estos últimos años. En los temas de estos cuentos aparece esbozada la eutanasia, la cual es permitida y frecuente en ciertos seres vivos, mientras que en otros seres es negada y censurada. En las páginas de esta colección, aparece la situación de una mujer casada, insatisfecha con su vida, quien vive en una casa opulenta, pero ella vuelca su deseo hacia un hombre joven, atractivo y de un ámbito social pobre y sencillo. En otro cuento se reflejan los estragos de la pandemia de Covid-19, que dejó familias en duelo, pero ante el enojo y la tristeza, una anciana encuentra un placer antes desconocido para ella. En otro cuento se hace evidente el amor a las mascotas, más frecuente e intenso en la actualidad, tan es así que

## Yolanda Natera de la Peña

Torreón, Coahuila. Es médica y escritora. Realizó estudios en Durango, la Ciudad de México y Barcelona. Autora de los libros de cuentos *Corazón sin dueño*, *Desasosiegos* y *Viento azul*, y de las novelas *Otro amanecer* y *Más allá del desierto*. Su obra ha sido incluida en las antologías *Sin límites imaginarios* y *Remolinos*, colección de cuentos campiranos. Ha ganado el premio nacional de Cuento Campirano Marte R. Gómez 2006, el premio estatal de Cuento Julio Torri 1996 y el premio de cuento Magdalena Mondragón 1994. Ha presentado sus libros en ciudades de Coahuila, de Durango y en Barcelona, España. [ynatera55@hotmail.com](mailto:ynatera55@hotmail.com)



hay personas que a su perro le llaman “perrhijo”. En otras historias surge la diversidad sexual, que ha salido del clóset en años recientes, y es hablada y

mostrada en todos los medios de comunicación actuales, en televisión, redes sociales, obras literarias, cine y teatro. Esta diversidad sexual aparece relatada

con libertad al mostrar aspectos de la relación amorosa de dos mujeres jóvenes o la convivencia de un hombre con un travesti; hay otro cuento donde habla

de la homofobia y la homosexualidad reprimidas que llevó a consecuencias desastrosas a una familia, y otra historia que muestra situaciones de bisexualidad. Estas narraciones incluyen sucesos dentro de la diversidad sexual, tomando en cuenta que según estudios de sexología, en décadas recientes un porcentaje alto de la población mundial de mujeres y hombres vive una orientación homosexual o bisexual. En este libro también hay dos cuentos que se introducen en el ámbito médico; uno refleja la obesidad extrema con su agresión a la salud personal, padecimiento muy frecuente en México y poco concientizado por el grueso de la población. Otra narración, muestra a una persona con “dientes manchados” por flúor en el agua, lo que produce una alteración estética en las personas que lo sufren. Se muestra cómo los trastornos de salud y estética agreden la vida de mujeres y hombres. Además aparece la locura de un hombre, que con ese padecimiento pierde toda su identidad, deambula por las calles, como tantos sujetos que vemos vagabundeando, y es víctima de *bullying*. En estas páginas hay otros temas como la drogadicción o la forma de hablar graciosa y alterada de una mujer. Además de la herencia secreta y fatal que recibe una mujer casada, quien vivía en la ignorancia sobre las actividades de su marido.

Respecto a la variedad de personajes protagónicos que aparecen en estos cuentos, se aprecia que Angélica López Gándara describe los rasgos esenciales, las características personales suficientes y acertadas para que los lectores capten quiénes son ellos. Estos rasgos en ocasiones son descritos con gracia y hacen sonreír. Son personajes que viven situaciones conflictivas, impactantes

o fatales, y, a pesar de sus desgracias, varios de ellos son entrañables. Y digo la frase popular, personajes que “caen bien”, recuerdan a protagonistas de películas de Federico Fellini y de Pedro Almodóvar. Muestran los pesares y tragedias de la vida amalgamados con ironía y un picante sentido del humor.

Sabemos que el cuento es un género literario breve, que se puede leer de una sentada para en un tiempo corto llegar hasta el final y seguir con las actividades de la vida diaria. El cuento requiere de un inicio y un final especiales. Y este libro de cuentos tiene estas características.

Leo el inicio del primer cuento, titulado “Un amor irracional”: “Maté por amor. Desde luego hacer eso es un asunto complicado, sobre todo cuando se ama intensamente a quien se desea despachar”. Leo el inicio de otro cuento, este titulado “Todo está cumplido”: “La proximidad de la Semana Santa arrastra vientos de deseo. ‘Una sola vez será suficiente’, piensa la mujer. Es una calurosa tarde de abril. Pilar sostiene una copa de vino tinto entre sus dedos llenos de anillos”. No leo aquí finales, pues cada cuento causa una conmoción, una sorpresa, y ya se enterarán de la conclusión de cada historia al leer este libro. Los finales de varias de estas narraciones son impactantes, fatales, pero sabemos que con frecuencia los sucesos de la vida real superan a la ficción. Cualquier narrativa puede quedar corta al compararse con los acontecimientos cotidianos.

Estos cuentos están contruidos de una forma acertada, se nota la formación literaria de Angélica, además de su tiempo de experiencia en la escritura. Los diálogos de los personajes tienen lo que en dramaturgia se llama “color”, son

formas de hablar con matices, recrean el lenguaje que se usa en las diversas regiones del país, clases sociales o variados niveles intelectuales. Es diferente la forma de hablar entre un nortño y un originario de Chiapas, o entre un académico doctorado en derecho a un hombre de un pueblo, que vende frutas en un mercado. Y la autora de este libro recrea con acierto las diferentes formas de hablar de cada personaje.

Este libro contiene cuentos audaces y redondos. Y cito algunos eminentes escritores que hablan sobre el cuento. Julio Cortázar expresó: “La novela siempre gana por puntos, mientras que el cuento debe ganar por nocaut”. Y Edgar Allan Poe, al hablar del cuento dijo: “Si tu cuento es breve tendrás mayor oportunidad de ser leído hasta el final”. Jorge Luis Borges comentó sobre este género: “Quien lee un cuento espera algo que lo distraiga de su vida cotidiana, y que lo haga entrar en un mundo ligeramente distinto del mundo de las expectativas comunes”. Opino que los cuentos incluidos en *El despertar de Catalina* tienen los atributos referidos por los autores anteriores, quienes, entre su vasta obra literaria, escribieron cuento.

Hablando de la ironía que aparece en estos cuentos, cito a Susan Sontag, autora de una obra memorable: “La ironía es el anverso de la melancolía”. Entonces entiendo que detrás de la ironía existe una aflicción ante las desgracias y tragedias de la vida. La ironía es parte de un estilo narrativo que aparece en diversos autores de todas las épocas y es más frecuente en los escritores posmodernos.

*El renacer de Catalina* es una colección de cuentos que atrapan y sacuden, en momentos causan asombro y producen una sonrisa ácida. Este libro da voz a vidas singulares.

# Diez notas sueltas sobre periodismo y literatura

Jaime Muñoz Vargas

Hace algunos meses ofrecí en la Biblioteca Arocena —dentro de su ciclo “Libros, buena compañía”— diez ideas sobre la relación periodismo-literatura. Las comparto aquí, aunque obviamente pueden parecer vagas pues no tienen el comentario oral que hice *in situ*:

*Uno.* La categoría “periodista”, percibida fuera y dentro del periodismo, no está en crisis. Todos sabemos o imaginamos más o menos qué es un periodista: alguien que investiga, interroga, viaja y escribe a toda velocidad sobre personajes y hechos actuales. Por imperativo del oficio, su estilo debe mostrarse, preferentemente, despojado de florituras, y ser claro, eficaz, rápido. Debe, pues, evitar sinuosidades, rodeos. Su prioridad es el dato, la declaración, el hecho noticioso y, en teoría, la “verdad” incluso en los textos de opinión que trabajan en y con la coyuntura informativa.

*Dos.* La categoría “periodista” entra en tensión cuando la asociamos a la de “escritor”: “escritor-periodista” o “periodista-escritor”. Cuando un escritor decide incurrir en el periodismo, la situación suele despertar el recelo del gremio, que siente invadido su espacio, sospecha una intrusión, la presencia de un profesional espurio. Al contrario, no es común que el escritor (tal vez acorazado en el prestigioso estatus de *artista*) vea con inquietud la presencia del periodista en la literatura; lo percibe (creo que lo percibe) como un advenedizo algo inofensivo, como alguien que intenta por fin escribir bien y para la perdurabilidad (Alejandro Páez Varela, Guillermo Chao, Sandra Russo, Jorge Lanata...).

*Tres.* Los casos híbridos pespuntean por igual, o casi por igual, del periodismo a la literatura y de la literatura al periodismo, y son menos frecuentes: Gabriel García Márquez, Rodolfo Walsh, Elena Poniatowska..., aunque es necesario aclarar que no como redactores de noticias, sino como cronistas, reporteros de investigación o entrevistadores.

*Cuatro.* De lo anterior se desprende una pregunta: ¿publicar periódicamente hace periodista al escritor? Sí y no. Sí por la frecuencia; no, la mayoría de las veces, por los contenidos, a menos que el escritor trabaje con la coyuntura y produzca textos no atemporales.

*Cinco.* La crónica es el género que más se presta para la mezcla periodismo-literatura, pues queda a medio camino entre ambos quehaceres. Es un “ornitorrinco”, como la llama Juan Villoro, y esto recuerda el caso

## Jaime Muñoz Vargas

Gómez Palacio, Durango, 1964. Es escritor, maestro y editor. Radica en Torreón. Ha publicado más de veinte libros; entre otros, *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan*, *Parábola del moribundo* y *Entre las teclas*. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarquengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunos de sus libros han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EUA; de la de Utrecht, en Países Bajos; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es maestro y coordinador editorial de la Ibero Torreón.

jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx  
rutanortelaguna@yahoo.com.mx



del ensayo, el “centauro de los géneros”, como lo calificó Alfonso Reyes.

*Seis.* Quizá uno de los aportes más importantes del escritor-periodista es su relación con la lengua. Mientras el periodismo tiende a petrificarla por el vértigo de la escritura y la búsqueda de eficacia, la literatura aspira a rehidratarla y extraer de ella todos sus matices posibles, como es el caso de Javier Cercas en su libro *Soldados de Salamina*. Además, busca evitar, como también postula Cercas, la “dictadura del presente” que nos desliga del pasado y nos lleva al extravío de la memoria.

*Siete.* ¿Todos los géneros cuadran al escritor-periodista? No. Generalmente es periodismo sólo por la periodicidad, no por el contenido. En su libro *La buena compañía*, Bárbara Jacobs habla de

la columna de Virginia Woolf y señala que son “ensayos”, textos de carácter crítico, no material estrictamente periodístico.

*Ocho.* La prueba de que el escritor-periodista no trabaja con la coyuntura, sino con la atemporalidad y cierta voluntad de estilo, es el libro. Los temas y el tono de las colaboraciones, o el tono y los temas, favorecen la atemporalidad que luego abre la posibilidad de verterlos en un recipiente: el libro.

*Nueve.* Unos más, otros quizá menos, muchos escritores que colaboran para la prensa en realidad trabajan para el libro. El compromiso de publicar y los plazos de publicación determinan la viabilidad de los libros que se construyen a cuentagotas, semana tras semana, mes tras mes. Desde hace una buena cantidad de años

este tipo de libros abulta la bibliografía de los escritores, aunque sin ocupar el centro de su producción ni, mucho menos, atraer tanto la atención de la crítica especializada. Suelen ser libros de mercado, un poco apéndices bibliográficos de la fama ganada por el escritor. Algunos casos: Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Umberto Eco, Mario Vargas Llosa, Elena Poniatowska, José Joaquín Blanco, Rafael Pérez Gay, José Emilio Pacheco, Vicente Alfonso...

*Diez.* Un ejemplo entre muchos: *Inventario*, libro de Juan José Arreola. Contiene textos publicados en la columna “De sol a sol”, de *El Sol de México*, del sábado 8 de febrero de 1975 al viernes 10 de diciembre de 1976; muy poco después, en 1977, fueron impresos en libro por Grijalbo y siguen legibles.

# La Reportera Roja

Fernando Fabio Sánchez

## Fernando Fabio Sánchez

Torreón, Coahuila, 1973. Profesor de estudios literarios y cinematográficos en California Polytechnic State University en San Luis Obispo. Obtuvo un doctorado en letras latinoamericanas en the University of Colorado en Boulder. Se ha concentrado en el estudio de la modernidad y sus diferentes relaciones con la literatura, el nacionalismo, la violencia y la cultura visual en el México post-colonial. Ha publicado los libros de cuento *Los arcanos de la sangre y De la escritura a la evidencia: siete historias (pseudo)policiales*; los de poesía *Posesión de naves y Creación de fondo*; y artículos y libros de crítica literaria. En el 2010 publicó *Artful Assassins: Murder as a Art in Modern Mexico* (Vanderbilt University Press) y coeditó, junto con Gerardo García Muñoz, *La luz y la guerra: el cine de la Revolución Mexicana* (Conaculta). Escribe la columna 30-30 para el diario *Milenio Laguna*. Su libro más reciente es *La Reportera Roja* (Universidad Veracruzana, Xalapa, 2023), de donde, con autorización del autor, tomamos el cuento homónimo que aquí compartimos.

fernandofsanchez@gmail.com

No soy como los demás, decía la Reportera Roja, ilustre por el trueno de su motoneta, su casco verde de la Segunda Guerra Mundial y su disposición para investigar hechos de sangre. Había sido camillera voluntaria para la Cruz Roja durante sus días en la Facultad de Filosofía y Letras y trabajó, después de graduarse, como fotógrafa para una revista satélite de la *National Geographic*. Mas, echando de menos el fragor de la emergencia en la soledad del campo mientras tomaba fotos para *Natúrica* (ahora lo sé, porque voy conociendo todo a lo largo del tiempo y del espacio), resolvió girar al periodismo ordinario. Así, después de hacer algunas suplencias y reportear para las secciones de cultura, la policial y la de acontecimientos locales en un periódico de Torreón, consiguió un contrato de planta. Consistía en cubrir, a lo largo de seis días, las tres fuentes, dos días cada una. Desde el primer día, Cecilia, como se llama nuestro personaje, declaró su preferencia por la guardia policiaca. De allí se derivaba su sobrenombre, como ustedes lo pueden suponer.

Ceci llegó al periódico en los días en que las mafias criminales sometieron la Comarca Lagunera. Dos ciudades colindaban en la región, y cada una pertenecía a un estado diferente, y cada estado era controlado por un cártel de la droga distinto. La mayoría de las veces, la comunicación de guerra entre los líderes de Torreón a Gómez Palacio, las ciudades vecinas, se efectuaba por medio de una declaración escrita sobre una tela larga y ancha que colgaban en algún puente, en alguna carretera o en cualquier otro lugar estratégico. A ese medio de comunicación le llamaron mantas. Yo no sabía mucho de letras, pero advertía una increíble falta de respeto por la palabra escrita. Las mantas estaban llenas de injurias, escarnios, humillaciones machistas, errores de sintaxis y de ortografía. Pero eso, pese al repudio que experimentábamos algunos, era lo de menos. Las mantas, por lo general, iban acompañadas de cuerpos torturados, ahorcados, desmembrados, descabezados; en sí, arrancados de su humanidad. Ese era en realidad el mensaje, y lo demás, lo dicho o lo escrito, era una provocación que escandalizaba a muchos, aunque nunca a la Reportera Roja, pues ella no era como los demás.

No lo era, y sus compañeros, aunque también metidos hasta el cuello en el azar del periodismo, se mostraban extrañados ante la actitud

dispuesta de Cecilia cuando sonaba el teléfono o cuando llegaban los mensajes por Whatsapp para denunciar una nueva escena del crimen. Ocurría en una o en otra de las ciudades, y los reporteros, con la intención de perseguir la noticia, eran de los pocos que podían atravesar la frontera entre los estados. No ocurría así con los taxistas que, cuando cruzaban la línea del estado, eran atacados por fuerzas escondidas o por otros taxistas. ¿Por qué? Algunos de ellos, por coerción o por voluntad, realizaban las labores de las mafias; transportaban droga, dinero o armas, y cualquiera de ellos en territorio ajeno podía ser el enemigo.

Con los reporteros, en definitiva, era distinto; sin embargo, no había certeza de que, al cruzar el puente que dividía a las dos ciudades o simplemente al andar por allí la policía municipal, la del estado, el ejército, los taxistas o los sicarios contratados por el hampa y notificados por los espías, llamados halcones porque su labor era observar, los agredieran, los levantaran o los pusieran en la lista negra. Fue real el ataque con ametralladora a los dos diarios principales de la región.

¿Qué temían los cárteles si ellos mismos habían montado escenografía y obra como un mensaje abierto para el mundo? El problema era, podría decir yo en este momento, el registro legal de la escena, el cual podría llevar a investigaciones posteriores, premisas que establecieran responsabilidad y que afirmaran quién hizo qué, cómo y cuándo, quién había dado la orden; posiblemente podía llevar a la creación de ese gran relato de crimen y castigo que llamamos justicia.

Los peritos e inspectores de las policías federal y estatal habían dejado de ser una molestia para los narcos, ya que se habían alineado con el mando superior. La lata eran los reporteros; pero no

todos, solo los reporteros como Cecilia, quien había decidido registrar lo que vieran sus ojos, percibiera su inteligencia y salvara su sensibilidad. Ella construiría el archivo de los muertos. Por eso no era como los demás.

Así, salía en su motoneta, con la cara sonriente y la voluntad dispuesta, a perseguir las noticias de sangre. Está loca, decían sus compañeros; está enferma, le encanta la sangre, el peligro. Trabajar de camillera en la Cruz Roja la dejó tocada. Desconocían que a Cecilia la impulsaba un amor muy intenso por las letras del periodismo, por la justicia y, en efecto, por la sangre. ¿Cómo lo sé? Supongo que esta historia adquirirá mayor sentido una vez que haya narrado los siguientes episodios de la Reportera Roja. La primera escena sucedió en el presente cercano.

Era el mes de noviembre y corría un viento frío. Esa mañana, Cecilia se levantó muy tarde. La noche anterior había pasado horas en la hemeroteca, revisando lo acontecido en noviembre de 1919 en el norte mexicano. Le fascinaron los artículos sobre la ejecución de Felipe Ángeles a manos del ejército federal. En México matan a los buenos y premian a los criminales, se dijo. ¡Esto es una mamada! Pinche país. Mas no recordó, al despertar, nada de lo que había ocurrido en aquel cuarto con iluminación raquílica y libros gigantes, ni siquiera cuando escuchó las ramas del mezquite del otro lado de su ventana, que se sacudían con fuerza y en cuya imagen había visto un símbolo de la Revolución, ni cuando decidió sacar del armario su chaqueta verde de cuero, que había comprado en una tienda de antigüedades y que la hacía lucir como Sylvia Kristel en los setenta. No fue hasta que eligió la bufanda roja con franjas blancas cuando

se descubrió vestida con los colores de la bandera nacional y la invadieron sus reflexiones de la noche anterior. Es una mamada, se dijo.

Es la primera helada del año y sopla un viento con tierra, se dijo. Esto sigue siendo una mamada, pero la vida es para vivirla, concluyó. Al poner pie en el periódico, contagió a todos de una energía muy intensa. Sus compañeros concluyeron que Cecilia iba a comenzar el primero de dos días de la guardia policiaca. ¿Estás listo, Nacho?, le dijo a su compañero, el fotógrafo. Siempre, reportera, respondió él. Porque a la primera señal salgo disparada en la motoneta y ni el polvo me ves. Allá me alcanzas en tu vocho maravilla, advirtió. Listo, como siempre, reportera, dijo Nacho.

Un mensaje llegó a la redacción un poco más tarde, y Cecilia salió de inmediato del edificio; se puso las gafas de sol, se acomodó el cabello largo y rubio bajo el casco, se lazo la bufanda y aceleró rumbo al centro de la ciudad. Su destino: la Plaza de Armas (excusen esta reiteración bélica), donde habían dejado una manta y tres cabezas.

No vamos a reproducir aquí el texto de la manta, y vamos a diferir un poco la descripción de la escena. Lo necesario en este momento es narrar un episodio adolescente de Cecilia. Solo de esa manera podríamos entender el amor y la ternura de ella por lo que otros encontraban repulsivo. Lo contaré también porque me conviene y deseo creer, con todo lo que soy, en el desenlace de aquella tarde.

El padre de Cecilia había montado una imprenta en un cuarto que él mismo construyó en el patio de la casa. Aquel día de invierno se encontraba imprimiendo panfletos para el Partido Socialista. Solo algún abusado entenderá al final de estos párrafos la sutil ironía ante la

cual nos puso la vida. Un descuido, una falta de concentración o hasta un deseo autodestructivo provocó que una gran cuchilla no solo cortara un fajo de 200 hojas sino también el dedo índice de Juan Aurelio. Cecilia era adolescente y no supo qué hacer cuando escuchó a su padre gritar. Fue inevitable, pues, que Aurelio chorreara sangre sobre la prensa, los papeles, el piso, el pantalón de mezclilla y el suéter marrón que le había tejido su señora esposa un año antes.

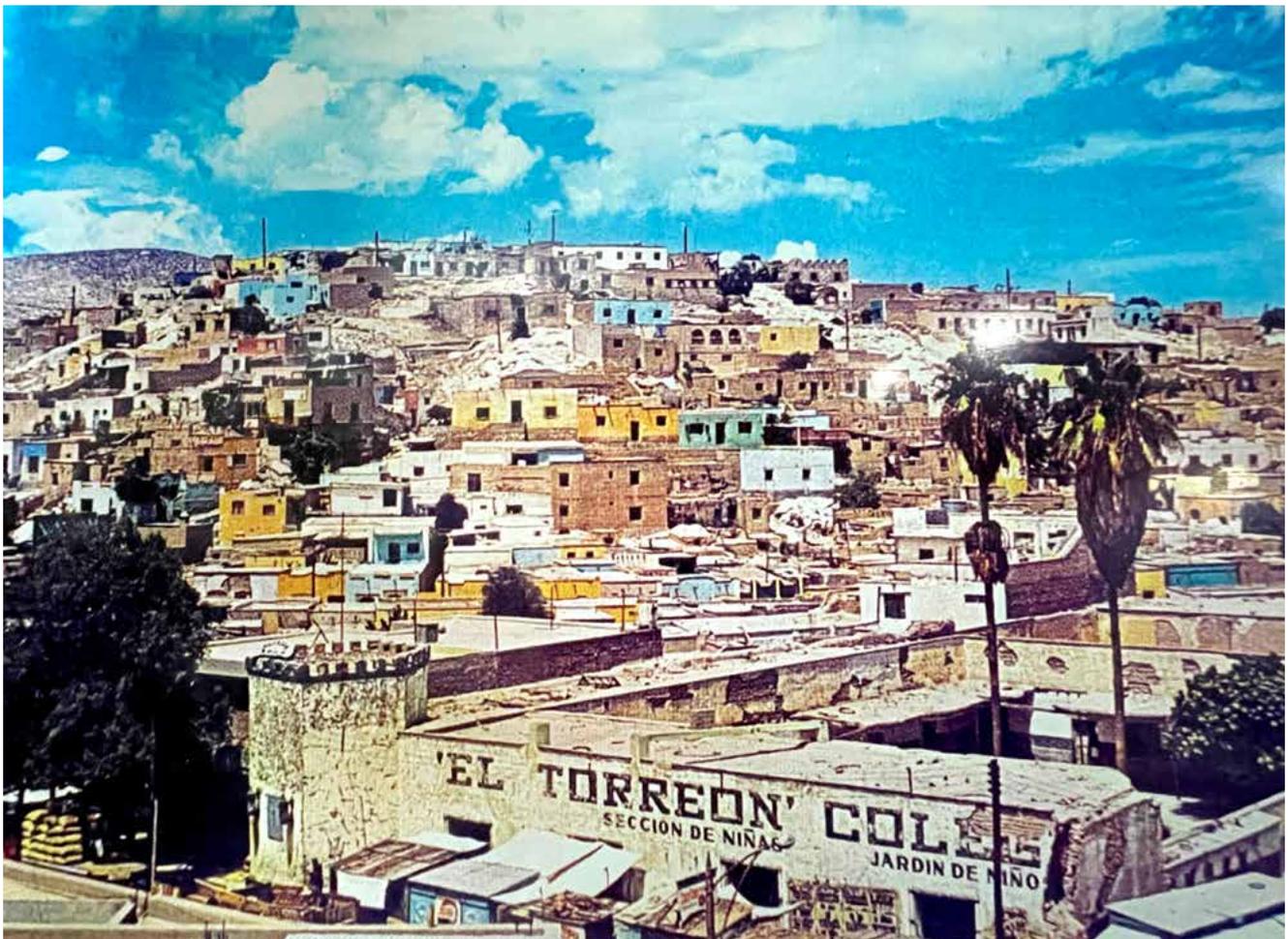
Como pudo, Juan Aurelio paró la hemorragia, haciéndose un torniquete con vendas que le llevó su esposa, lo cual le salvó la vida y también mucha sangre. La Cruz Roja llegó, y al ver los camilleros al hombre cubierto de rojo, le quitaron las vestiduras, cortándolas por la mitad con unas tijeras. Padre y madre

se fueron en la ambulancia y Cecilia se quedó a lidiar con la limpieza del taller.

Era ya la tarde, el momento en que el sol entraba por las ventanas superiores del taller, formando diagonales de luz muy intensas. El silencio se imponía luego de la agitación y de los gritos de dolor. Cecilia contempló el espacio y caminó lenta entre las manchas de sangre, sin pisarlas. Entre los metales negros de la cortadora, recordó la imagen del dedo paterno, tan solitario como ella en el taller. La ropa, inexplicablemente, había quedado doblada en un rincón. Cecilia examinó el bulto. Supuso que su madre lo había dejado allí. Extendió el suéter. Se hallaba cortado por el frente de arriba abajo, pero el tejido, casi como un milagro, se hallaba intacto. Cecilia sintió el impulso de remediar el daño.

Fue al ropero y revolvió los cajones hasta que encontró aguja y un ovillo de estambre. Era la primera vez que tejía o, más bien, que cosía, y como pudo, unió los extremos en el pecho y en el vientre. Feliz, vio el resultado. El suéter estaba listo, con una cicatriz que lo cruzaba de arriba a abajo.

Cecilia se descubrió las manos untadas de color rojo; el suéter aún estaba húmedo. Lavarse y lavar el suéter parecían los siguientes pasos lógicos (¿cómo utilizar esta palabra cuando muy pocos de los actos aquí narrados son lógicos; la lógica es, por fortuna, un lujo que no nos corresponde). Fue al lavadero de granito blanco y llenó la pila con agua. Dos minutos después, extendió el suéter sobre la superficie acuosa de la pila y lo sumergió hasta el fondo.



En este momento es necesario regresar al presente cercano. Reanudaremos nuestro relato de aquel día unos minutos más tarde. Para mí no es un problema, no sé si lo sea para ustedes. Yo tengo, de ahora en adelante, todo el tiempo del mundo.

Los reporteros deben llegar lo más pronto posible a la escena del crimen. Casi de inmediato la policía estatal acordona el área e intenta llevar a cabo procedimientos de rutina para después deshacer el montaje. Toma algunas fotos. Realiza una breve descripción escrita. Extrae muestras y saca fotografías de los muertos para una posible identificación posterior. Recolecta los elementos, incluyendo los residuos humanos. Empaca lo inorgánico en bolsas; lo orgánico, en recipientes. Los cuerpos van entonces a los refrigeradores de la morgue, pero días más tarde, si nadie reclama, terminan en la fosa común. Algunos muertos, por lo general jóvenes u hombres de mediana edad de las poblaciones vecinas, reciben una cadena de rosarios en un sepelio familiar. Pero muchos se quedan huérfanos en la fosa común, pese al hecho irrevocable de que todos somos hijos de una madre.

Una red secreta de informantes avisa a los capos del momento para transitar por territorio enemigo, instalar la escena de terror y regresar. Esta red compite con la red local. Así que era bastante probable que algunos de esos halcones, disfrazados de curiosos, estuvieran observando desde lugares estratégicos aquella tarde en que plantaron las tres cabezas en la Plaza de Armas, por lo que mucha gente prefirió salir corriendo de la escena, porque nunca se sabe. Mas ¿qué pasó con los que no habían podido huir cuando, sin ningún aviso, llegaron los mafiosos con pistolas y M16 para

montar carta y teatro a sus enemigos? No cabe duda de que muy pocos, en esa circunstancia, habrán tenido la suerte de vivir para contarlo.

Cuando llegaron Cecilia y el fotógrafo, la policía estatal ya había descolgado la manta de uno de los árboles de la plaza y es por eso, en parte, que he resuelto no hablar ya de su contenido. En fin, había pocos curiosos en el lugar. ¿Cuántos de ellos eran halcones? Si las cosas se piensan, no se hacen, dijo ella. Vamos a darle, Nacho, que al cabo la vida es prestada.

Las tres cabezas —un hombre blanco con bigote de macho, de unos treinta años, otro cachetón de veinte, y el último más joven y pelirrojo— estaban todavía sobre el pasto amarillo, cerca de las raíces de un árbol. Con un poco de imaginación se podría decir que habían brotado de la tierra. Estos se tomaron su tiempo, Nacho, dijo ella. Es posible que tengan una varilla ensartada. Las anclaron como Tutsi Pop, y se arrodilló para verlas más de cerca. Sácales foto antes de que nos corran de aquí, ordenó. Reportera, dijo Nacho, me informan que, al fondo del corredor, en la fuente, se encuentra otro difunto. Ah, caray, dijo ella. ¡Vamos!

Cecilia vio la vereda. Era la hora de la tarde en que el sol producía diagonales hermosas. La luz se filtraba por las ramas casi desnudas de los árboles y los objetos eran iluminados intensamente desde un costado. Dio unos pasos hasta que percibió una fuente con una columna en el centro. Allí se levantaba un infante angélico, tocando un caracol apuntado hacia el cenit. Habían interrumpido el flujo de la fuente, por lo que no brotaba agua del surtidor. No obstante, la pila de la fuente se encontraba llena. En ese momento, Cecilia recordó aquella tarde

en que sumergió en el agua el suéter remendado de su padre.

Esa tarde, al ir empujando la prenda hacia el fondo blanco de la pila, le maravilló el instante en que, de la materia afelpada y oscura, se fueron liberando vetas rojas. El agua, de pronto, se volvió una plancha mineral con listones rojos que cifraba la violencia ígnea y telúrica del planeta. También emergió un olor al vaporizarse algunas partículas, un olor que nunca había percibido y que le pareció dulce, como cuando se desgaja una fruta. Llevó el suéter hasta el fondo y las vetas rojas fueron desapareciendo como el humo que un fumador echa al aire, hasta que toda el agua se tiñó de un carmín tan intenso como nunca habían visto sus ojos, ni siquiera aquella vez en que su padre le había regalado unas acuarelas y se dedicó a pintar paisajes y atardeceres marinos. La superficie del agua se agitaba cuando movía el suéter en el fondo de la pila y la prenda parecía imprimir sangre sin fin. Allí, sobre el agua, vio pentagramas de luz, destellos de diamantes, oro asaz e indescriptiblemente hermoso, cuando el sol cayó sobre las ondulaciones. El agua era roja, roja como la sangre. A Cecilia le dio la impresión de que, al tocar aquella sustancia con la punta de los dedos y luego intentar atraparla, cerrando el puño, podía en efecto contenerla y que en verdad la conocía. Era la sangre que le había dado vida al cuerpo de su padre. Sangre preciosa que no podía dejar ir por el resumidero. Sangre que corría por sus venas. Sangre dulce que su madre apreció y que no había podido tirar al cesto de basura. Sangre humana. Sangre de amor. Sangre roja, fluorescente, ante sus ojos como el más grande tesoro.

Era casi la misma hora en la Plaza de Armas. La superficie del agua en la



fuente circular se mecía por el viento y conjuntos de brillos destellaban. Reconoció el olor, dulce como un algodón rosado de esos que solían vender en la plaza. Pero sobre todo reconoció el color, intenso, brillante, luminiscente, como si le hubieran puesto una lámpara al núcleo de cada célula. Era sangre, una fuente completa de sangre.

Cecilia contempló la superficie y su primera reacción fue sumergir las manos. Pero se contuvo. El corazón le latía con la misma intensidad de aquella tarde adolescente y, aunque nunca había consumido una droga (solo le habían contado sobre sus efectos), imaginó que así debía de sentirse cuando la sustancia entraba en el cuerpo y recorría las venas.

Suspiró y luego arrojó una bocanada de aire. Entonces su rostro cambió. Vio el cuerpo flotando allí en el agua de la fuente. Era un hombre con un traje café y zapatos del mismo color. Pasaba de los cuarenta. El rostro de Cecilia mostraba compasión, empatía, un amor abstracto por la vida y por lo humano que muy pocos sienten y entienden. Unas lágrimas secretas y muy breves brotaron de sus ojos. A este lo persiguieron, le dieron por la espalda y cayó en la fuente, boca abajo, dijo para sí. Le dejaron hoyos como centenarios de oro. Es muy probable que nada tuviera que ver. Pura mala suerte, lamentó. ¡Esto es una mamada!

Decía la verdad: cometí el error de estar en el lugar y en el momento equi-

vocados. Mucho me habían dicho que no pisara La Laguna, palabras que no escuché porque era el más terco de los hombres. ¿Qué suerte le podría esperar a un vendedor de prótesis para minusválidos y muletas para los que sufrieron de polio?

Y aunque no puedo verla a ella frente a frente, sé que mi sangre brilla como rayos del sol. Colma el agua de esta fuente y se dispersa en el aire, dulce, como si ya empezara a habitar el universo. No voy a mentirles, la soledad pesa y se necesita amor. Me encontraría tan solo si no fuera por la Reportera Roja y sus ojos azules que me contemplan con su extraño amor, que hará, pese a mi muerte inútil, que sepan de mí y que no me olviden.

# Una piedra en el camino

Lorenzo Ignacio Madera Serrano

Aquella tarde el cielo se vino abajo, un aguacero terminó con la monotonía de la tarde; la gente corría empapada buscando un refugio en los establecimientos cercanos; otros, que esperaban el autobús para ir a su incógnito destino, mejor optaron por tomar un taxi; niños y adultos atravesaban las calles corriendo y brincando los charcos de cada esquina de la ciudad.

Mientras, la brisa era guiada justo hasta la terraza del Star Café, que al verse invadido por el mal tiempo decidió correr sus persianas transparentes para dar comodidad a los clientes que regularmente eran parejas enamoradas.

En una de las mesas está Eliseo, hombre de sesenta años, tan vivo y fuerte como un roble lleno de bellotas; su cabellera nevada y su barba color plata le dan un toque especial al traje gris que lleva puesto. Eliseo observa la lluvia a través de las persianas mientras da un sorbo a su taza de café clásico; como de costumbre, después del sorbo se lleva un habano de fina calidad hasta los labios, habano que durante dos años no ha prendido ni por error.

Durante los últimos cinco años Eliseo se ha propuesto y cumplido acciones que durante tantos años de vida no pensó realizar; comenzó por colocarse una muela que perdió a sus veintisiete; también cambió la alimentación de siempre por frutas, verduras, pollo y una porción de pastel cada sábado acompañado del amor de su vida; desde hace tres años se le ve caminar por el bosque de la ciudad, y precisamente hoy cumple veinticuatro meses de no fumar, aunque sigue cargando como por ritual el mismo puro que decidió no prender aquel 26 de septiembre.

En la mesa que está al fondo de la terraza se encuentra una señora elegante e impaciente que a cada minuto revisa su celular, seguramente sumergida en las redes sociales, como la mayoría; en la mesa del centro hay una pareja cuarentona que, mirándose a los ojos y tomada de las manos, planea su segunda luna de miel; en otra mesa hay un par de tontos huercos jugando a enamorarse. Pero no fue eso lo que inspiró a Eliseo, ni la porción de pastel que la mesera llevaba hasta él; tampoco fueron las demás parejas dándose besos y susurrándose versos bellos al oído. ¡Aunque eso era motivante! Lo que lo animó fue el ambiente seductor

## Lorenzo Ignacio Madera Serrano

Torreón, Coahuila, 1987. Nacho Madera, como lo apodan, es recluso del centro penitenciario de Torreón desde 2013. Su relación con la Ibero Torreón se dio en 2022, cuando fue aceptado en el Proyecto Inocente de la Ibero Torreón y la Universidad de California. El mismo año participó en el semestre que impartieron los profesores Fernando Javier Araujo Pulido y Miguel Ángel Saucedo Lozoya. En 2023 comenzó en el centro penitenciario el diplomado “Sociología comunitaria y construcción de estrategias para la paz”. Tiene estudios de secundaria. Esta es su primera publicación.



que producía el aroma del café y estar junto a la persona amada. Fue entonces cuando Eliseo aclaró la garganta y dijo.

—Cecilia, ¿cuántos años tenemos juntos?

—¡Uy!, como cuarenta.

Después hubo un paréntesis de segundos en silencio hasta que volvió a preguntar con voz suave y tranquila.

—Cecilia, ¿te acuerdas de cómo nos conocimos... te acuerdas?

—Sí, pero me gusta más recordarlo cuando tú lo cuentas.

La respuesta de Cecilia abrió paso al relato de Eliseo, que degustando del pastel y dando otro sorbo a su taza de café, se sumergió en el profundo mar azul que había en los ojos de Cecilia.

—Recuerdo que mi primer contacto contigo fue algo incómodo, pues únicamente conocía a tu hermana Daniela, que días antes me había hecho la invitación al auditorio por su graduación; el día

del evento yo estaba justo en la entrada intentando pasar, pero la multitud de invitados y fotógrafos complicaban el acceso. Fue entonces cuando el destino cruzó nuestros caminos y por accidente recibí un empujón que llevó mi mano derecha hasta tus... tu trasero, cuando me di cuenta de eso, no supe qué hacer ni de qué color ponerme, para cuando reaccioné, tú ya volteabas con la mirada fija en mí, tus cejas furiosamente encontradas y la piel blanca de tus mejillas se fue tornando en un color rojo cereza, cosa que me alarmó. Te confieso que esperaba una agresión de tu parte, pero no fue así, todo quedó afortunadamente en una severa mirada tuya. Después de la entrega de diplomas, vi tu asombro en el momento en el que me acerqué y felicité a Daniela, pues ignorabas nuestra amistad.

Tampoco olvido que días después me fuiste presentada, y fue entonces

cuando contemplé tus lindos ojos, tu hermosa sonrisa y esos hoyitos de tus mejillas; a partir de entonces iniciamos una bonita amistad; sábados y domingos nos reuníamos en aquella plaza, nosotros dos, tu hermana y mi primo Manuel; la pasábamos muy bien, nos reíamos de cualquier cosa y nunca faltaban los chistes estúpidos que por más malos que fueran, aun así nos hacían reír, como sucede con todas las personas que consciente e inconscientemente comienzan a cortejar; compartíamos gustos, ideas, y lo más divertido era cuando jugábamos suertes para ver quién pagaba la cena. ¿Te acuerdas? Tiempo después, en un paseo por la alameda, me entregaste una carta que, entre otras cosas, decía: “Yo me pregunto si quieres ser mi novio”; yo no supe qué contestar en ese momento, y como si nada hubiese pasado, continuamos con el paseo; de pronto se desató un violento aguacero

como los que suele tener agosto, y los cuatro corrimos para escondernos de la lluvia bajo el techo de una cochera cercana. Una vez ya guarecidos en ese lugar no me importó la presencia de Daniela y Manuel... simplemente respiré profundo y me llené de valor para tomarte de la cintura, te atraje hacia mí y te dije: “Sí, sí quiero ser tu novio”. Esa fue la ocasión que probé la dulzura de tus labios. Mientras nuestra respiración se aceleraba al unísono, mis manos por tu espalda se deslizaban oprimiéndote como si quisiera fundir tu pecho con el mío. Desde ese momento mi amor por ti fue creciendo hasta quedar convencido de que eras el amor de mi vida.

Eliseo interrumpió su relato para hacer una señal a la mesera y dar otro sorbo a su taza de café; enseguida, volvió a sumergirse en la vasta mirada de Cecilia, y continuó.

—Hace como medio año, para ser preciso en febrero, pasé por el aparador de la Joyería Missa y miré una argolla de compromiso hermosísima, de un diseño incomparable. Tenía incrustada una piedra original y deslumbrante, y aprecié tanto ese anillo que, de no ser por el precio tan alto, lo hubiese comprado al instante; pero me propuse obtener la hermosa joya y últimamente lo que me he propuesto lo he logrado.

En ese momento la mesera se acercó y entregó a Eliseo un gran ramo de rosas rojas junto con una cajita dorada que al momento de ser abierta provocó que se llenara de luz el Star Café, pues los destellos de la piedra eran asombrosos; Eliseo se puso de pie frente a su amada y preguntó.

—Cecilia, ¿quieres ser mi esposa... te quieres casar conmigo?

Ahora era la pareja de ancianos

la que obtenía toda la atención de las personas en las mesas cercanas. Ella, sin pensarlo dos veces, se levantó de la silla, miró alrededor, vio la lluvia en las persianas y con una sonrisa acompañada de sarcasmo, dijo.

—Creo que te tardaste un poquito en pedirme matrimonio, pero sí, sí quiero ser tu esposa.

Él le tomó la mano y le colocó la sortija.

—Espero que te guste la argolla, mi amor.

—Claro que me gusta, aunque me gusta más la piedra.

Al instante el coro de los presentes sonó en el lugar: “¡Beso, beso!”, y sin importar que se arrugara el coordinado de Chanel, Cecilia se abrazó de Eliseo como una adolescente enamorada, besándolo con inusitada pasión y sellando así su gran amor.



# Tres poemas

Francisco Javier Garza Olayo

## AMIGO

**A**migo, llegaste como una estrella a mi vida,  
Y como un meteorito te estampaste en mi corazón,  
para nunca más marcharte.

Tu amistad en mi alma creció,  
como el sol de verano,  
las olas del mar,  
o la luz de la luna cuando se vuelve llena.

Amigo, eres tú quien me levanta cuando me siento caído,  
quien me aconseja, cuando me siento perdido,  
quien me abriga, cuando me siento desolado,  
quien me secunda, cuando me encuentro en abandono.

Conoces mis virtudes y mis defectos,  
te has vuelto mi alma gemela,  
pues compartimos alegrías, pero también tristezas,  
aventuras, pero también soledades,  
somos dos incomprendidos ante una sociedad,  
que se esfuerza cada día por encajar en el molde,  
somos señalados, criticados y odiados,  
pero siempre auténticos e inigualables,  
somos luz, somos oscuridad,  
somos brillo, somos grises,  
somos dos, somos tú y yo.

*para DAHA*

**Francisco Javier Garza Olayo**  
Torreón, Coahuila. Licenciado en Derecho por la Universidad Iberoamericana Torreón. Autor de *Un nuevo romántico en el siglo XXI* (disponible en plataformas digitales como Amazon, Mercado Libre y Barker & Jules, tienda e-book), de donde se tomaron las tres piezas aquí ofrecidas. Ha sido coordinador de la Juventud en el Partido Acción Nacional (2014-2015), coordinador Distrital para un senador del Partido Acción Nacional (2016-2017), pasante de Derecho Gales Consultores (2019), gestor en el Gobierno del Estado de Coahuila (2022-2023), director legal en HG Consultoría Legal (2020 a la fecha) y coordinador legal en la Constructora Garol (2022 a la fecha).  
francisco.garza@ibero-torreon.edu.mx

## LA IRA

Tan rápida, como el viento.  
Tan inesperada, como el caer de las hojas.  
Tan sincera, como un adiós.  
Tan profunda, como un te amo.  
A veces tan despierta, a veces tan callada.  
Así es la ira, un sentimiento, pasajero, pero sincero.  
Al manifestarse, oprime mi pecho, entume mis manos,  
nubla mi pensar, suelta mi lengua,  
borra mi razón y cierra el corazón.

## ESCONDIDOS

Escondidos...  
de la sociedad que nos juzga,  
de tu amor o del mío,  
del cielo que nos mira o el viento que nos toca,  
de la luz que nos alumbra la mirada que nos mira,  
del señalamiento discreto, pero directo,  
viviendo, en una mentira que nos aniquila el alma,  
soñando, con pensamientos que nunca han de llegar,  
postergando el error, la caída y el término,  
a escondidas, porque nuestro amor nunca ha de  
ser aceptado,  
porque nuestros sueños nunca han de concretarse,  
porque tu amor y el mío se encontraron demasiado tarde,  
porque nos juzgan, señalan y sentencian,  
porque nuestro amor es tan grande ante el mundo,  
que jamás habrá de ser aceptado.

# Acequias

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL



*Acequias* es una revista interdisciplinaria que aparece tres veces al año: en Primavera (abril) Verano-Otoño (agosto) e Invierno (diciembre). Es editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y dirigida sobre todo a la comunidad que integra la Ibero Torreón y el Sistema Universitario Jesuita.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la que se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, además de que esta palabra contiene entre sus grafías las siglas de nuestra Universidad: *Aceq-ua-s*.

Su acceso en la página web de la Ibero Torreón es gratuita para todos los usuarios de internet, y todos los ejemplares permanecen disponibles sin restricción de tiempo y lugar.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la Ibero Torreón, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y películas o textos de creación literaria. En consideración a la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista y a su espíritu divulgativo, recomendamos evitar vocabulario especializado, así como excesivo aparato erudito. Los textos deberán estar escritos de manera clara y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al decidir que deseas colaborar.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio en fuente Arial de entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original en versión digital. Los textos deberán llegar complementados con la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la Ibero Torreón si la hay
- Breve información curricular
- Autorización para agregar la dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia de los autores, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, pertinencia, extensión y cupo. Los textos que lo requieran recibirán corrección de estilo en el entendido de que deberá ser la más mesurada posible. Debido a la gran cantidad de colaboraciones propuestas para su publicación, el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón. También pueden ser entregados a los editores o enviados a la dirección electrónica: publicaciones@iberotorreon.edu.mx y jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx. La fecha de cierre del número 92 de *Acequias* será el 15 de noviembre de 2023.

**#TransformarParaTrascender**

**CONSCIENTES  
DE LA REALIDAD**

**IBERO**  
TORREÓN

Pregunta por las fechas de nuestros exámenes de admisión  
Informes: T. 871 7051072 [admission@iberotorreon.mx](mailto:admission@iberotorreon.mx)



**IBERO**

CIUDAD DE MÉXICO • LEÓN • PUEBLA • TIJUANA • TORREÓN